Cuando Jude encontró a Dave



Nut

SERIE DÍAS DE PASIÓN

Cuando Jude encontró a Dave

SERIE DÍAS DE PASIÓN

Nut



Advertencia:

Este libro contiene lenguaje y situaciones adultas, y escenas sexuales explicitas no recomendadas para menores de edad.

Esta es una obra de ficción. Aunque en ella se haga referencia a hechos históricos, lugares y/o empresas existentes, los nombres, personajes y situaciones son fruto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, y eventos conocidos, es pura coincidencia.

© 2023, *Cuando Jude encontró a Dave*

© 2023, Nut

© 2023, lectoras cero: Hermione Drake, Rocío

© 2023, corrección: Hermione Drake, Brenda F., Rocío

© 2023, portada, contraportada e ilustraciones interiores basadas en plantillas de Canva, Nut

Esta es una obra autopublicada.

Todos los derechos de la obra pertenecen a su autora.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su incorporación a un sistema informático, transmisión en cualquier formato o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escritor de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (At. 2170 y siguientes del Código Penal) así como su distribución sin el permiso por escrito de la autora.

Esta historia está dedicada a todas

aquellas personas del mundo del cine

y la televisión que, con su trabajo e ilusión,

nos hacen soñar y disfrutar ante una pantalla.

☆

—¿Cómo dices? —exclamó Jude Morrow levantándose de la silla como un muñeco de resorte. Clavó sus furibundos ojos en el rostro de piel oscura y mejillas flácidas de Earl Foxworth, sentado al otro lado de la mesa de reuniones, y le exigió—: ¡Repítelo, que creo que no te he entendido!

El productor ejecutivo de *Los años de nuestra vida,* más que acostumbrado al carácter volátil del actor principal de la serie, inclinó un poco su calva cabeza a un lado y, con el dedo meñique, se rascó dentro del oído.

—Por favor, baja la voz. Hablemos como personas civilizadas.

—¿Ángela? —llamó Jude, alargando todo lo que pudo cada sílaba y girando unos imperativos ojos hacia la mujer de cabellera entrecana y ensortijada.

La directora de la serie, sentada a la derecha de Earl Foxworth, dejó de manosear el vapeador que sostenía con una mano e, impertérrita, le devolvió la mirada por encima de sus gafas, de un fucsia brillante, que hacían equilibrio en la punta de su respingona nariz.

—Repítemelo tú, Ángela. A partir del capítulo treinta y tres voy a ser, ¿qué?

—Siéntate, Jude —le ordenó la mujer, tajante—. No montes el numerito.

Jude apuntó con un dedo rígido y conminatorio al joven sentado a la izquierda del productor.

—Ha sido idea de ese, ¿verdad?

El aludido, un tipo desgreñado y con una incipiente barba, se contemplaba abúlico las uñas de una mano. Vestía unos vaqueros y una sudadera que bien habrían podido proceder del mercadillo para pobres de una iglesia, y tenía los pies, enfundados en unas viejas zapatillas de deporte, apoyados en el borde de la mesa.

Para Jude, el joven representaba lo más execrable de la industria televisiva.

—Él y sus amiguitos me la han vuelto a jugar.

Los dedos de Ángela se crisparon alrededor del vapeador.

—Sácate esa estúpida idea de la cabeza de una vez por todas —le conminó—. Matt y su equipo de guionistas no han iniciado ninguna cruzada contra ti. Solo trabajan para conseguir lo que todos buscamos y deseamos: que esta maldita serie no se vaya a la mierda.

—¿Que no van contra mí? —se indignó el actor. Rodeó la mesa y se detuvo a la altura de las viejas zapatillas. Las examinó un momento con los labios torcidos, antes de enfrentarse a la mujer—. ¿Te recuerdo lo del mono capuchino? ¿De verdad Christopher Cumson, heredero de la Cumson & Cumson, necesitaba llevar un puñetero mono en el hombro durante veintidós capítulos seguidos? ¿Y lo de ser un vagabundo? ¡Toda la pasada temporada vestido con harapos y una asquerosa barba que parecía fabricada con ortigas! Y lo mejor de todo, treinta y siete capítulos en coma, con la cabeza vendada hasta el cuello y gruñendo como una momia.

—Podría haber sido peor —comentó Matt con apacible tono y sin dejar de contemplarse las uñas—. Christopher Cumson podía haber pasado a mejor vida al caerse de la azotea.

—¡Lo veis! —gritó Jude, señalando con ambas manos al joven.

—Jude. —El productor sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo pasó por la calva para secarse el sudor que la perlaba—. Intentemos calmarnos.

—¡Y ahora esto! —bramó el actor—. Ahora a los guionistas se les ha antojado que Christopher Cumson sea maricón.

—¡Calla de una vez! —Ángela se puso en pie, se llevó la boquilla del vapeador a los labios, pero se dominó a tiempo—. Maldita ley antihumos —masculló para sí, apartando el dispositivo—. Siéntate y calla, por Dios. Si alguien del departamento de recursos humanos te escucha pronunciar esa palabra, vamos a tener que hacer cursos de sensibilización todos los presentes.

Jude apretó los labios, como si necesitara contener un torrente de palabras, y se asomó a la ventana que daba a los aparcamientos del personal del estudio, donde el inclemente sol del mediodía californiano arrancaba destellos a las carrocerías de una cincuentena de vehículos.

—A ver, Jude. —Ángela guardó con desgana el vapeador en el bolsillo de su chaqueta roja y volvió a sentarse—. Aunque la propuesta ha partido del equipo de guionistas, a Earl y a mí nos ha parecido buena idea. ¿Me estás escuchando?

El actor, ignorándola, se peinó su abundante cabellera castaña con ambas manos, en un gesto contenido y tenso, retirando de su amplia frente unos rebeldes mechones, y después, las metió con rabia dentro de los bolsillos del pantalón.

—*Los años de nuestra vida* lleva tres años seguidos perdiendo audiencia —continuó la directora con evidente resignación—. Es verdad que en otras ocasiones hemos superado crisis como esta, sin embargo, los gustos, el formato, el público, han cambiado radicalmente desde que esta serie comenzó allá por los setenta. Ya no podemos contar con las amas de casa como nuestro principal nicho de audiencia. Tenemos que abrirnos a otro público con otros intereses. Realidad, Jude, la gente quiere realidad. La controversia con el aborto, las enfermedades mentales, la violencia contra la mujer…

—¡Venga ya! —resopló despectivo, sin girarse—. *Los años de nuestra vida* es un culebrón. La gente que lo ve busca dramas rocambolescos, venganzas ridículas, hijos secretos y muchas infidelidades, para realidad ya tienen sus miserables vidas.

—¿Es que no te has dado cuenta aún, Jude? Eso es el pasado. Quieren ver historias que vayan con los nuevos tiempos, personajes con los que poder identificarse. Lo que antes era un tabú en la pantalla ahora es una exigencia. Y un buen ejemplo es que la homosexualidad hace tiempo que no está vetada.

—La audiencia quiere diversidad —intervino Earl—, y, además, la comunidad LGTBI tiene mucho peso en la actualidad.

—¡Por favor! —Jude se volvió hacia ellos con las manos juntas a la altura del pecho—. Habláis como si mi problema fuera la diversidad, y no es así. La diversidad me la trae al fresco. Con lo que no estoy de acuerdo, es que tenga que ser mi personaje el que de la noche a la mañana se vuelva maricón.

Ángela dio un golpe con la mano abierta en la mesa que provocó un respingo en Earl.

—¡Joder ya, con la palabrita! —profirió—. ¿Sabes lo homófobo que suenas cada vez que la dices?

Jude se lanzó hacia la mesa con el rostro encendido.

—¿Homófobo yo? —exclamó—. ¡Si tengo un montón de amigos…!

—¡Ni se te ocurra! —le cortó la directora, poniéndose de nuevo en pie—. Ni se te ocurra decir que tienes un montón de amigos gais porque te juro que vuelves a pasar treinta episodios vendado como Tutankamón.

—Basta ya. —Earl Foxworth se levantó también, con los brazos en cruz, emulando a un árbitro de boxeo que quisiera mandar a los contrincantes cada uno a su rincón—. Siéntate, Ángela. Jude —apuntó hacia la silla—, tú también.

La mujer obedeció, sacó el vapeador del bolsillo y lo apretujó con nerviosismo mientras observaba cómo el actor, aunque renuente, también se sentaba.

—Jude. —Esta vez, Earl se pasó el pañuelo por el rostro—. No te estamos pidiendo tu opinión —le explicó en un tono reposado y lento, casi paternal—. Te estamos informando de que tu personaje, Christopher Cumson, saldrá del armario en el capítulo número treinta y tres de la presente temporada.

Jude se llevó un puño a los labios. Cerró con fuerza los párpados y su frente se crispó tanto como su mandíbula. Ángela y Earl le observaron expectantes, e incluso Matt, que se había mantenido indiferente durante toda la escena, le contempló de soslayo.

—Coherencia —dijo por fin el actor, casi escupiendo la palabra.

—¿Qué? —preguntó Ángela, la boquilla del vapeador muy cerca de sus finos labios.

Jude suspiró. Se le relajaron los hombros, su atractivo rostro recuperó la serenidad y desaparecieron las arrugas de su frente. Abrió los párpados, dejando ver de nuevo el oscuro verdor de sus ojos. Torció un poco los carnosos y oscuros labios en una sonrisa sensual, la misma que le había valido en varias ocasiones ser considerado el actor más seductor de la cadena, y, con un gesto relajado, apoyó el codo en la mesa y la cabeza en su mano.

—Coherencia —repitió—. Aunque *Los años de nuestra vida* sea un culebrón, debemos mantener un mínimo de coherencia dentro de la historia. Christopher Cumson es un crápula, sí, está obsesionado con el sexo, de acuerdo, no entiende de lealtades ni moral cuando se desata su deseo, ha quedado patente, sin embargo es un mujeriego. Mu-je-rie-go —silabeó—. Lo suyo son las mujeres y lo lleva demostrando desde que apareció en la serie hace quince años. No hay temporada que no haya conquistado, amado y abandonado, como mínimo, a una mujer. Si incluso en la temporada cuarenta y cinco sedujo a una madre y a sus dos hijas

gemelas. ¿Qué público se creería que de repente se ha vuelto…?

Ángela, con una virulenta expresión, levantó la mano que sostenía el vapeador con la clara intención de lanzárselo.

—Gay —concluyó Jude, dirigiéndole una mirada de suficiencia—. ¿Quién le daría credibilidad a semejante incoherencia?

—No te preocupes por eso —habló Matt, sonriéndole al tiempo que le guiñaba un ojo—. Ya nos encargaremos los guionistas de hacerlo creíble.

El actor dio un soberano palmetazo en la mesa.

—¡Sobre mi cadáver!

—Pues vale —replicó el guionista, encogiéndose de hombros—. Hace tiempo que no muere ningún personaje de la serie en un accidente de avión. —Se volvió hacia Ángela y Earl—. ¿Verdad?

Jude se puso en pie empujando la silla hacia atrás. Tiró de las solapas de su chaqueta, se ajustó los puños de la camisa y con una mueca de desprecio torciendo sus labios, dijo:

—Haced lo que os venga en gana. Pero os vais a cargar el personaje. —Fue hacia la puerta del despacho y la abrió de un violento tirón—. Y esta serie no es nada sin él —sentenció.

Salió dando tal portazo que los cristales de la ventana vibraron. Ángela se llevó el vapeador a la boca e inhaló con ansiedad.

—No hagas eso —protestó blandamente Earl, cuando una densa nube de humo con olor a melocotón le pasó por delante del rostro—. No quiero más amonestaciones de Recursos Humanos.

—El rodaje del próximo capítulo va a ser como el de *Apocalipsis Now* —se lamentó la directora. Mirando por encima de las gafas a Matt, le advirtió—: Espero por tu bien y el de tus compañeros, que esto funcione.

El guionista se limitó a sacudir los hombros con una sonrisa ladeada.

☆

Matt Parker, autoproclamado representante del equipo de guionistas de la longeva serie *Los años de nuestra vida,* caminaba con las manos en los bolsillos de los vaqueros y arrastrando los pies sobre la moqueta. Silbaba por lo bajo mientras deslizaba la mirada por las fotografías enmarcadas que flanqueaban el pasillo; pedantes instantáneas de las viejas glorias de la cadena, algunas muertas antes incluso de que él naciera.

Se detuvo delante de una puerta, en la que habían clavado con una grapadora una vieja instantánea del guionista de *Espartaco*, Dalton Trumbo, sorprendido escribiendo dentro de una bañera. La abrió y al otro lado, tres pares de ávidos ojos se volvieron hacia él. Matt se quedó inmóvil en el umbral, observando a sus compañeros guionistas.

En la esquina, parapetado tras el riguroso orden de su escritorio, se hallaba sentado Kaufman, el más veterano de todos. Casi veinte años al servicio de la serie se habían llevado consigo gran parte de su pelo y dejado a cambio unas perennes ojeras violáceas. Suya había sido la idea de incluir un mono capuchino en la temporada número cuarenta y nueve, después de la pataleta que llevó a Jude Morrow a manifestar a gritos que un simio borracho escribiría mejores frases que ellos cuatro juntos. Leigh esperaba sus noticias de pie junto a la cafetera de cápsulas, con su raído cárdigan marrón y los múltiples collares de abalorios que le colgaban del cuello hasta la cintura. No parecía haberse movido de aquel lugar desde que abandonara la sala para dirigirse a la reunión, y por el tic nervioso de su párpado derecho, debía haber pasado todo ese tiempo consumiendo un café exprés tras otro. La más joven del grupo, Nora Lee, la culpable de que Jude hubiera quedado postrado en la cama de un hospital casi toda una temporada, se hallaba sentada encima de la mesa de reuniones que ocupaba el centro de la sala. Todos la llamaban Peque, menos Jude, que acostumbraba a referirse a ella como la «niñata listilla». Tenía una piel oscura y brillante, una sonrisa ladina y unos ojos enormes que parecían capaces de leer el pensamiento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, moviendo las piernas en el aire como una chiquilla.

Matt cerró la puerta y levantando el puño, apuntó con el pulgar hacia el techo.

—¿En serio? —exclamó sobresaltada Leigh—. ¿No me digas que va a dimitir?

—No. —Se dirigió hacia su escritorio y, al pasar junto a Nora Lee, acarició una de sus rastas y tiró de ella, consiguiendo que la joven se girara hacia él—. Rodará el capítulo.

—Mierda —gruñó Kaufman, tenía una voz profunda y áspera de fumador empedernido—. Yo hubiera preferido que se largara de la serie.

—Yo no —canturreó Nora Lee, entornó los párpados y se frotó las manos como lo haría el villano de una mala comedia—. Voy a disfrutar cada minuto de rodaje.

Leigh se acercó a la joven, removiendo con una cucharilla el café de la taza que sostenía, y se sentó en la mesa junto a ella.

—¿No nos habremos pasado? —comentó dirigiéndose a Matt, que se había arrellanado en la silla frente a su escritorio—. Ahora que lo pienso en frío, tal vez resulte perjudicial para la serie.

—*Los años de nuestra vida* lleva décadas agonizando —respondió, colocando los pies sobre su escritorio. Se desperezó y después apoyó la nuca en sus manos entrelazadas—. Que Christopher Cumson salga del armario no va a precipitar su muerte. Y si es así… Bueno, ¿no estamos siempre hablando de darle carpetazo a esta mierda y dedicarnos a proyectos de más altura?

—Habla por ti. —Kaufman se levantó y se aproximó al grupo—. Si cancelan la serie, yo pienso pasarme el resto de mis días jugando al minigolf en Tampa. Aunque si antes soy testigo de cómo a ese gilipollas de Jude se le atraganta su orgullo, me iré feliz.

Matt contempló a sus compañeros con cariño. Eran un grupo unido, y no por el trabajo que realizaban o los gustos y aficiones que pudieran tener en común, sino por la antipatía que todos sentían por Jude Morrow, auténtico prototipo del actor narcisista y pretencioso en decadencia, y lo mucho que disfrutaban haciéndoselo pasar mal.

Sabía que Jude Morrow no era un actor mediocre, o al menos, no lo había sido. En el pasado había visto algunas de sus películas, filmadas a finales de los noventa, en las que interpretaba pequeños papeles de jóvenes atractivos y desenvueltos, personajes que, contra todo pronóstico, había sabido hacer destacar. En su única cinta como protagonista, una producción más que modesta, la crítica solo salvó su interpretación. De ahí había dado el salto a la televisión, con algunas pequeñas apariciones en *sitcoms* de moda como *Scrubs* o *Two and a Half Men,* para

finalmente convertirse a los veintisiete años, en la estrella indiscutible de *Los años de nuestra vida*. Cuando Matt lo conoció en persona, cinco años atrás, ya hacía tiempo que el joven con un futuro prometedor había dado paso a un actor encasillado, sin registros ni habilidad para la improvisación, que descargaba su frustración en el equipo técnico y, sobre todo, en los guionistas. Su última gran bronca había sido contra Leigh, a la que, a parte de los consabidos menosprecios a su profesionalidad, talento literario y consciente intelectual, había acusado de ser una menopáusica sin imaginación. La mujer, de talante por lo general pusilánime, había irrumpido en la sala de guionistas blasfemando en un idioma desconocido y clamando venganza.

—¡Menopáusica! —había exclamado mientras se peleaba con la cafetera para meter una cápsula—. ¡Se ha atrevido a llamarme menopáusica!

Quince minutos y tres expresos después, fue ella quien propuso el giro definitivo para el personaje interpretado por Jude Morrow.

—Vamos a escribir un capitulo en el que Christopher Cumson haga pública su homosexualidad.

—¿Cambiar su orientación sexual? —se extrañó Kaufman—. ¿Con qué objetivo?

—A Jude le va a dar un ataque de cólera si tiene que hacer de gay. Es un homófobo —afirmó Leigh, con el tic del ojo derecho a máximas revoluciones—. Lo sé. Le he escuchado algunos comentarios sobre las lesbianas y los gais que, si llegaran a oídos de Recursos Humanos, lo tendrían realizando cursos sobre la diversidad sexual en el puesto de trabajo hasta Navidad.

—Le pasa como a su personaje —intervino Nora Lee—. Cree que la masculinidad se mide por el número de mujeres que un tío es capaz de follarse al día.

—Por esa misma razón le vamos a golpear donde más le duele a él y a su personaje —anunció triunfante—. Christopher Cumson no va a volver a besar a una mujer en lo que le queda de existencia televisiva.

—No aceptará interpretar a un gay —aseveró Kaufman.

—Eso espero. —Leigh apuró su último expresó con un solo movimiento de muñeca—. A lo mejor tenemos suerte y nos libramos de él para siempre.

A Matt le había encantado la idea, y aunque Kaufman, en un principio, se había mostrado reticente, los cuatro acordaron llegar hasta las últimas consecuencias.

—Minigolf… —repitió Nora Lee—. Menudo muermo. —Miro a Matt con expresión inquisitiva—. ¿Ángela y Earl han estado de acuerdo? —le preguntó.

—Hubo un momento en el que pensé que se echarían a tras —explicó—. No podéis imaginar que bronca ha montado Jude.

—Sí que me lo imagino —se regocijó Nora, palmeando excitada sus muslos.

—Pero se han mantenido firmes. De hecho, piensan que es una buena idea.

—¿Creéis que pueda servir de verdad para aumentar la audiencia? —inquirió Kaufman pellizcándose el mentón, pensativo—. ¿Se sabe ya qué actor le va a dar la réplica?

—¡Oh, sí! —exclamó Nora Lee. Sacó del bolsillo de sus amplios pantalones caquis un móvil—. Mirna, de casting, me lo chivó ayer.

Buscó una foto entre las muchas de la galería, la amplió y se la enseñó al grupo con un ufano «tachán».

Matt se incorporó hacia delante para verla mejor y silbó.

—¿En serio? —preguntó.

Leigh abrió muchos los párpados.

—Yo no pienso estar delante cuando Jude se entere de quién va a ser su futuro enamorado.

Nora Lee sacudió las piernas en el airé.

—¡Pues yo no me lo perdería por nada!

☆

Jude, repantingado en la tumbona, contempló el atardecer con tedio. Sabía, porque se lo había escuchado decir en más de una ocasión a los cámaras y los técnicos de imagen, que aquella era «la hora mágica», unos minutos, no más de veinte, al amanecer y al anochecer, en que los rayos del sol, carentes de su habitual vigor, iluminaban el mundo sin definirlo. Esa luz sosegada en el horizonte contra la que se recortaban el *Downtown* de Los Ángeles con sus altivos rascacielos, unida al paulatino encendido de la inconmensurable ciudad a los pies de las colinas, lograba, en todas las ocasiones, robarle el aliento a cualquier desprevenido testigo, salvo a Jude.

La agente inmobiliaria que le había vendido la casa, casi diez años atrás, había señalado como un valor añadido del inmueble el poder disfrutar de atardeceres como aquel.

—No es una casa grande. Lo sé —se había justificado la mujer—. Su diseño no es actual, es verdad. Pero su ubicación y estas vistas valen cada centavo que cuesta.

Entonces y ahora, a Jude le daban igual las vistas, que la vivienda contara solo con una planta y que el arquitecto hubiera fallecido de viejo hacía ya unas décadas. Él quería una casa en las colinas, en Hollywood Hills, como tenían tantos otros actores, para presumir delante de amigos y compañeros de profesión, y que además pudiera pagar. Para ello había tenido que gastarse los ahorros de sus primeros años como estrella televisiva, aunque siempre consideró que había valido la pena.

Gruñó, serpenteando hacia arriba para poder sentarse derecho en la tumbona. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba allí desplomado, y un incipiente dolor de espalda le advertía de que era más de lo que su cuerpo podía soportar. Se llevó el vaso a los labios y se sorprendió al descubrir que estaba vacío. A su lado, en una mesa baja de cristal, reposaba la botella de vodka con la que había estado rellenando el vaso y a la que le faltaban cuatro dedos para, también, llegar a estar vacía.

—¡Trinidad! —llamó, antes de recordar que la asistenta se había marchado justo cuando él se dejó caer en la tumbona con el vaso y la botella.

—El señor, sereno, es insoportable —le había acusado la mujer, pertrechada ya con su inseparable bolso de retales y una expresión despectiva en el semblante—. No me paga lo suficiente para aguantarlo borracho.

Antes de que Jude hubiera podido replicarle que su sueldo era como el de un banquero, la mujer había abandonado la casa dando un soberano portazo.

Con una mano algo torpe, se limpió el sudor de la frente. Se sentía acalorado, a

pesar de vestir solo un bóxer y unas zapatillas de deporte, y de que la incipiente noche se presentara fresca. Observó las aguas color turquesa de la piscina, una de esas que denominaban de horizonte infinito y que tan de moda habían estado unos años atrás. No le importaba el dineral que le había costado ni el largo mes de obras y operarios inútiles, tampoco haberse bañado en ella menos veces que dedos tenía en una mano, porque había sido de los primeros de Hollywood Hills en tener una.

Dejó el vaso en la mesita y tanteó sobre la superficie hasta dar con el móvil. Se incorporó despacio, refunfuñando y sintiendo la cabeza pesada, y sentado a horcajadas, tecleó con dedos imprecisos unas palabras en el buscador de Google. De inmediato apareció el video que buscaba, y que, seis meses atrás, se había hecho viral.

En él aparecía, entrevistado por Jimmy Fallon, el joven, atractivo y carismático Dave Norris, actor principal de la serie de fantasía épica de moda en el más importante canal de streaming del momento, declarándose gay en *prime tim*e y para toda la nación.

Su salida del armario no había sido una sorpresa entre los miembros del mundillo hollywoodiense, Dave Norris era abiertamente gay en su vida privada, y para el público en general, la revelación sólo había venido a confirmar ciertos rumores al respecto que llevaban un tiempo circulando. Aun así, su franco testimonio, sencillo y directo, había calado con fuerza en la audiencia que, lejos de quedar indiferente, se había dividido entre los que aplaudían su gesto, con el que, manifestó, pretendía servir de referente a otros actores y actrices que se veían obligados a ocultar su orientación, y los que criticaban la reciente moda de las celebridades de airear sus intimidades sexuales, aduciendo la mala influencia que esto causaba en los jóvenes.

Jude también consideraba un error aquella declaración, pero no por las mismas razones que los homófobos.

«Ni sexo, ni política, ni religión», le había aconsejado su primer representante, un tipo versado en el negocio cinematográfico, quizás algo desfasado para los años ochenta, con tantos años de experiencia como kilos. «Jamás hagas declaraciones sobre esos temas. Delante y detrás de las cámaras tienes que ser lo que el público sueña que eres, y en tu caso es un hombre blanco, cristiano, hetero y americano».

Jude volvió a visionar el video de la entrevista.

—Estas mierdas destruyen carreras —musitó, con la voz más farragosa de lo que esperaba.

En un primer momento, aquellas declaraciones le habían hecho sentir un cierto

placer mezquino. Sin conocer en persona a Dave Norris, estaba al tanto de su trayectoria profesional. En pocos años había rodado un puñado de películas de éxito y con papeles principales, lo que le había convertido en el niño mimado de Hollywood, y tras varias series televisivas, a cuál mejor valorada y premiada, en el predilecto de las plataformas de streaming, todo ello antes de los treinta. Una carrera envidiable, que Jude envidiaba; la carrera que le hubiera gustado tener. Verle ponerla en peligro de forma tan estúpida le había proporcionado una ruin complacencia. Después llegaron los remordimientos y sintió lástima por él, aunque era una lástima exigua y que no duró mucho en el tiempo. Con el paso de las semanas y la evidencia de que su confesión no iba a tener ninguna repercusión negativa, la envidia regresó aún con más fuerza.

—¿Ahora hay que ser maricón para tener éxito? —gruñó. Agarró la botella de vodka y con pulso inseguro, rellenó el vaso—. ¡Chist! —se chistó a sí mismo—. No digas maricón o te perseguirá la policía de la corrección política. Mejor gay.

Dejó el móvil sobre la tumbona y bebió unos sorbos de vodka.

Aquella idea de un Christopher Cumson gay iba a ser el golpe de gracia a su agónica carrera. Si el personaje se resentía, si perdía popularidad, que era lo más probable, él quedaría en la cuerda floja y su salida de la serie, tan esperada por unos cuantos, sería inmediata. Si al menos, para ser su pareja en la ficción, hubieran escogido a un actor mindundi, de esos cuyo nombre y rostro se diluían con facilidad en el tiempo, tal vez habría tenido una oportunidad. Un par de capítulos y tema olvidado; Christopher Cumson había sentido curiosidad, como muchos heterosexuales, y regresado al redil en brazos de una seductora mujer. Sin embargo, habían contratado a Dave Norris, el actor gay del momento, que todos conocían, que muchos admiraban, que otros tantos aborrecían. ¿Durante cuánto tiempo las redes sociales, los programas del corazón, los podcasts del *youtuber* de turno, se iban a dedicar a hablar sobre el primer papel homosexual del actor gay de moda? ¿Cuántos cientos de imágenes, videos, memes, circularían hasta la saciedad por la red con Norris y él mismo, Jude Morrow, como protagonistas? Su nombre, su carrera, iban a quedar ligados a la palabra «gay» para siempre.

«No podían haber encontrado a otro mejor para joderme», pensó.

Al darse cuenta del doble significado de aquel pensamiento, soltó una maldición y se dejó caer hacia atrás en la tumbona con los párpados cerrados. El público, tan dado a confundir al actor con su personaje, iba a colgarle el sambenito de maricón, y no iba a tener la misma suerte que Dave Norris de mantenerse a flote.

Le asaltó una incómoda sensación y abrió los ojos. Trinidad, de pie junto a la tumbona, le estaba observando con los brazos en jarra.

—¡Joder! —exclamó sobresaltado—. ¡Menudo susto!

La miró con desconfianza de arriba abajo. La mujer, que rondaba los sesenta años, apenas se alzaba un metro y medio del suelo. En lugar de su habitual uniforme de asistenta, llevaba un chándal de color granate y el pelo, teñido de un irreverente rubio ceniza, recogido con una diadema de tela. Su rostro enjuto y moreno, lucía una severa expresión.

—¿Qué haces aquí, mujer loca? —le preguntó con un gruñido—. ¿Se te ha olvidado desvalijarme la nevera?

—¡No, qué va! —le quitó el vaso cuando Jude intentó llevárselo a los labios—. Ya lo hice antes de irme.

—¿Entonces? —Manoteó en el aire tratando de recuperarlo—. ¿Por qué has vuelto?

—No quiero ser una de esas asistentas que, al llegar por la mañana a la casa, se encuentra a su empleador flotando boca abajo en la piscina. A Maly le pasó, y aún sueña con el culo peludo y blancuzco de su jefe saludando al sol.

Jude siguió el vaso con la mirada hasta que la mujer lo dejó en la mesita.

—¿Qué tonterías dices? No me voy a ahogar en la piscina, ya sabes que no me meto nunca.

Trinidad le agarró por un brazo y tiró de él para incorporarlo en la tumbona.

—Yo me entiendo.

En cambio, Jude no la entendía la mayoría del tiempo, a pesar de que Trinidad hablaba un perfecto inglés, apenas aquejado de un leve acento y una musicalidad que hacía que sus frases parecieran estrofas de una canción.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me obligas a levantarme? —protestó, mientras permitía que la mujer le jalase de los brazos.

—Voy a ayudarle a meterse en la cama para que duerma la borrachera.

—No estoy borracho.

Trinidad, que apenas le llegaba al pecho, le colocó el brazo sobre sus hombros y le

rodeó la cintura con el suyo. Jude, con paso vacilante, se dejó guiar al interior de la casa.

—Claro, ha vaciado una botella de vodka, pero no está borracho.

—Aguanto bien el alcohol —afirmó, bizqueando.

—Dentro de su cuerpo, ya le digo yo que no.

Atravesaron despacio el enorme salón, iluminado con un racimo de bolas de vidrio que pendían de techo, en dirección al dormitorio.

—¿Sabes lo que esos cabrones de guionistas me han hecho? —preguntó, alzando la voz y apretando el puño.

—Se lo he oído gritar a pleno pulmón cuando ha regresado del estudio. Yo y mi primo Mario, que vive en Santa Mónica.

Trinidad empujó la puerta entornada del dormitorio con el pie.

—Van a dinamitar mi carrera —se lamentó Jude, llevándose el puño a la frente.

—¿Qué carrera, señor Morrow? —La mujer lo acercó a la cama, situada bajo un enorme ventanal que también miraba hacia la ciudad de Los Ángeles—. Su carrera terminó hace mucho tiempo.

—¿Qué sabrás tú? —replicó, despectivo.

—Llevo doce años trabajando para usted, señor Morrow. Sé lo que usted sabe. —Lo sentó en el borde de la cama y se arrodilló para retirarle las zapatillas—. Que esa serie es lo peor que le ha podido pasar.

—¡Esa serie me lo ha dado todo! —exclamó, abriendo los brazos y queriendo abarcar con ellos la estancia—. ¡Todo lo que tengo!

—Y también le ha quitado lo más importante.

Jude se inclinó hacia delante, dejando caer los brazos entre sus piernas. Su rostro quedó a la altura del de Trinidad. Miró dentro de sus ojos grandes y oscuros, y creyó verse reflejados en los de su madre, con la que no hablaba desde hacía años, y la nostalgia le abrumó.

—¿Qué me ha quitado? —inquirió sin ganas.

La mujer suspiró. Se levantó, lo empujó haciéndole caer de espalda y, agarrándole las piernas por los tobillos, las colocó en el colchón.

—Tal vez si lo averigua, logre recuperarlo.

La mujer le cubrió de mala manera con la colcha y se dirigió a la puerta.

—Trinidad —llamó Jude, rendido en la cama con los brazos en cruz y unos párpados entornados que le pesaban como losas—. Espera.

Quería darle las gracias. Por regresar, desde donde fuera que estuviera, para ocuparse de él. Por el simple hecho de dedicarle un pensamiento. Por no querer verle ahogado en la piscina ni desmayado en el suelo sobre su propio vómito. Por llevar tantos años soportándolo. Habría querido darle las gracias, por ser lo más parecido a una amiga. Pero no podía. Él era Jude Morrow, un actor de éxito, seguro de sí mismo, orgulloso, con clase, que no se rebajaba a confraternizar con el servicio ni le debía nada a aquella mujer, que no necesitaba su ayuda ni la de nadie.

—No aproveches para robarme mientras estoy inconsciente.

Trinidad fue cerrando la puerta despacio, sin mirarle.

—Tranquilo, señor Morrow, ya me agencié todo lo de valor hace años.

Jude escuchó el chasquido del pestillo y cerró del todo los párpados.

Le había costado muchos años y esfuerzos construirse a sí mismo para echarlo a perder por la debilidad de un momento, cuando más necesitaba la entereza que le proporcionaba ser el fuerte, el decidido, el implacable Jude Morrow.

Lejos quedaba el tiempo en que aquel muchacho de trece años de nombre y apellido impronunciables, demasiado alto para su edad, demasiado tímido para hacer amigos, acomplejado por su desgarbada figura, su rostro señalado por el acné y su incapacidad para socializar, se pasaba las horas muertas frente al televisor viendo todas las *sitcoms* que las cadenas ponían a su disposición. Detrás de aquella pantalla, la vida era perfecta. Daba igual el tipo de problemas al que cada semana se enfrentaban los personajes de *Boy Meets World*, *Full House* o *Blossom*, tras los treinta minutos de rigor, habían desaparecido. Los amigos se reconciliaban, los padres terminaban entendiendo a sus díscolos hijos y estos perdonando a sus progenitores, los corazones rotos eran remendados con cariño y comprensión, las diferencias terminaban por unir. El mundo se arreglaba con un abrazo.

Jude Morrow, por entonces aún Przemek Piszczek, quería vivir la vida de aquellos personajes. Quería escapar de su existencia corriente y monótona, huir del joven sin amigos, acobardado y triste que era, cambiar de personalidad, y no una vez, sino mil veces, ser cada día alguien distinto en quien no pudiera reconocerse. Ello requería hacer un esfuerzo descomunal: debía deshacerse de Przemek Piszczek. Para lograrlo comenzó a interpretar. Al principio no fue sobre un escenario ni tras una cámara, sino para el mundo y para sí mismo. Se tragó su timidez y sus complejos, enterró su miedo, y creó un personaje que humillaba antes de ser humillado, que se escudaba en la burla a otros antes de recibirlas él, que era contestatario, arrogante, insensible, y fue tan verosímil, que la gente pasó de ignorarlo a prestarle atención, una atención que, aunque rozaba el desprecio, era mejor que el ostracismo.

Llegó un día en que creyó posible que de Przemek Piszczek solo le quedara el nombre, y a los dieciocho años, cuando su representante casi le exigió que se cambiara, «ese puto trabalenguas», se sintió aliviado de que ni siquiera le quedara eso.

Abrió los párpados y giró la cabeza hacia el ventanal. La noche había caído y un cielo oscuro y opaco se cernía sobre Los Ángeles. La contaminación lumínica de la ciudad no permitía apreciar el brillo de las estrellas ni la franja nebulosa de la Vía Láctea. Jude sabía que estaban ahí, igual que sabía que por mucho que se envolviera en el enérgico y decidido Jude Morrow, el frágil Przemek Piszczek, continuaba dentro de él.

«¿Tan terrible sería volver a ser aquel muchacho?», se preguntó.

Se encogió sobre sí mismo, abrazado a la colcha.

No hubiera llegado a ser actor, a triunfar, de no haberse reconvertido en Jude Morrow, lo sabía, sin embargo, a veces era tan difícil seguir manteniendo el papel…

Cerró los ojos, agotado de pensar, habría dicho incluso que de vivir. Y antes de caer en un sueño blando y etílico, se dijo que, tal vez, que los guionistas le hubieran arruinado la carrera, podía no ser tan malo.



Desde el discreto rincón que había escogido Dave Norris para sentarse y repasar el guion, disponía de una buena vista en conjunto del set de rodaje, y no tenía muy claro qué era lo que estaba sucediendo ante sus ojos. No podía discutirse que se trataba de un rodaje como muchos otros, aunque había vivido los suficientes como para saber que algo más que el habitual nerviosismo previo a la filmación de una escena se estaba cociendo en aquel estudio.

En un lateral fuera de plano, bien situados para no perder un detalle de la escena, se hallaba el equipo de guionistas, a los que solo les faltaba un paquete de palomitas y un refresco para parecer unos espectadores en día de estreno. Los operadores de cámara cuchicheaban como conspiradores, lanzando miradas furtivas de cuando en cuando a su alrededor. El productor ejecutivo, Earl Foxworth, delgado como un lápiz y vistiendo un traje que le colgaba de los hombros, paseaba despacio con las manos a la espalda en lo que habría podido resultar una actitud relajada, de no ser porque, apenas avanzaba dos pasos, se giraba en la dirección contraria igual que un muñeco mecánico.

Ángela Wyman había llegado hacía unos minutos. Antes de sentarse en su silla, en cuyo respaldar se podía leer en grandes letras «Directora» —la «a» la había añadido alguien con un rotulador rojo—, se le había acercado para saludarle con una amable sonrisa y un comentario insustancial. Su rígida postura en el asiento, con los dedos de una mano tamborileando en el reposabrazos y la otra enganchada a un vapeador, que se llevaba a la boca una y otra vez sin llegar a aspirar de él, le recordaron a alguien que sabía que estaba sentado encima de una bomba de relojería.

—Señor Norris.

Volvió la cabeza a un lado al escuchar su nombre y vio a una chica que, con una pequeña libreta en la mano, le contemplaba embelesada. Reconoció en ella a una ayudante de sonido que le habían presentado hacia un rato.

—¿Podría…? —la joven le acercó la libreta con timidez.

Había olvidado su nombre, si es que lo había llegado a escuchar, lo cual tampoco importaba demasiado. Con sonreírle y firmarle el autógrafo que venía a pedirle, como antes había hecho un buen puñado de empleados del estudio, sería suficiente. Le dedicó una amplia sonrisa, con sus gruesos y delineados labios, y los pómulos se le marcaron un poco más, a lo que la chica respondió sonrojándose.

—Por supuesto.

Dejó el guion sobre sus muslos y tomó la libreta y el bolígrafo que le tendió la joven.

—Para la más guapa ayudante de sonido que conozco —leyó, una vez que hubo estampado su firma.

—Muchas gracias, señor Norris —dijo, con emoción contenida.

Agarró la libreta, pero Dave no la soltó. El actor tiró un poco de ella, para que la joven se le acercara y le preguntó en voz baja:

—¿Me harías un favor?

La muchacha, muda por la sorpresa, asintió varias veces.

—¿Me dirías por qué está todo el mundo tan tenso?

Dave miró de reojo hacia el set y la ayudante de sonido hizo lo mismo. Ambos se quedaron un momento en silencio, hasta que la muchacha cuchicheó:

—En realidad no puedo. Nos han ordenado que no hablemos sobre el tema.

—Te prometo que seré una tumba —aseguró, guiñándole un ojo.

La joven, divertida, se mordió el labio inferior.

—Es por Jude Morrow. Todos sospechan que va a montar una de sus broncas. Y cuando eso ocurre, nadie quiere estar cerca, no suele dejar títere con cabeza.

—¿Y por qué tendría que montar una bronca?

—No le ha gustado nada el giro que le han dado a su personaje —Y bajando aún más la voz, añadió—: Por aquí sospechan que es homófobo.

Dave acentuó su sonrisa y a sus ojos color avellana asomó un leve malestar.

—Interesante.

—Yo no le he dicho nada, ¿eh, señor Norris?

El actor se llevó un dedo a los labios, gesto que la muchacha imitó antes de

marcharse con la libreta bien sujeta contra su pecho.

Dave abrió de nuevo el guion y comenzó a pasar las páginas con desgana. No le tomaba del todo por sorpresa lo que la joven acababa de contarle.

Un par de semanas atrás, había conocido a Jude Morrow. El tipo le había estrechado la mano con una educada indiferencia y un par de frases hechas, agradeciéndole, sin tratar de ocultar su fastidio, que hubiera accedido a participar en la serie. Tuvo la impresión de que se trataba del típico actor endiosado que, ante la irrupción en su pequeño reino de otro actor más joven y exitoso, se sentía amenazado. Lo de que era homófobo no lo había llegado a sospechar, y eso que solía detectarlos a metros de distancia. Durante la lectura conjunta del guion días después, achacó la manifiesta incomodidad e irritación de Jude a la típica pataleta por la pérdida momentánea de protagonismo, tan habitual en actores que, como aquel, llevaban tanto tiempo apoltronados en sus series.

No era la primera vez que inspiraba un sentimiento así, y esperaba que no fuera la última, por lo que había actuado con amable condescendencia, como sabía que todos esperaban que hiciese. Había llegado hasta donde estaba no dejándose enredar en celos profesionales o conflictos ajenos, y en esta ocasión, tampoco iba a permitir que su reputación de actor responsable y competente, amistoso y fácil de dirigir, se viera afectada porque Jude Morrow tuviera prejuicios contra él, y menos por actuar en una serie que le traía sin cuidado.

Precisamente, su representante, Patty McBride, una ex abogada corporativa fría y despiadada como un tiburón, no entendía que, siendo para él *Los años de nuestra vida* una serie cutre y agonizante, hubiera aceptado aparecer en ella como actor invitado.

—Este papel está muy por debajo de tu estatus actual —le había dicho, sosteniendo desganada con una mano la propuesta del estudio—. Y no me refiero solo al salario que te ofrecen, que por cierto es ridículo. Has interpretado los mejores personajes masculinos de este año en cine y televisión. ¿Por qué poner tu talento al servicio de un personaje plano e inverosímil como este?

No intentó explicárselo; en su momento, ya le había costado un gran esfuerzo que comprendiera el porqué de su decisión de hacer pública su orientación sexual. Aunque, a decir verdad, comprender le comprendía, solo que no estaba de acuerdo con que lo hiciera.

Para convencerle de que no saliera del armario, le había preparado, tan eficiente como acostumbraba a ser, un documento con los pros y los contras de su decisión, en donde la columna de los contras, mucho más larga que la otra, terminaba con una

lista de nombres de actores y actrices, cuya salida del armario había complicado o arruinado su carrera artística. Él había añadido unos cuantos nombres más a la lista en la columna de los pros, diciendo:

—A estos no les fue tan mal.

A pesar de su disconformidad, Patty le entendía. Era su pragmatismo quien la obligaba a llevarle la contraria.

Le conocía bien y sabía lo agotado que se sentía de vivir siempre alerta —él, sus amigos, su familia—, ante la posibilidad de que una tercera persona hiciera pública su orientación. Vivía su homosexualidad con normalidad y confianza en su ámbito privado, que es donde consideraba que había que hacerlo, sin embargo, siempre aparecía alguien que buscaba aprovecharse económicamente de la situación, amenazando con tirar de la manta. En más de una ocasión, había tenido que enfrentar a individuos que pretendían comprometerle con fotografías, videos o incluso audios, solo porque era gay, y a algunos que, conociéndolos apenas de haberles estrechado la mano, se atrevían a exigir una compensación económica por no acudir a la prensa ni a los programas del corazón afirmando ser el amante de turno de Dave Norris. Al final, había comprendido que hacer pública su orientación era la mejor manera de librarse de todos aquellos carroñeros.

Aun contraria a su decisión, Patty le había ayudado a planificar la que sería su más importante entrevista hasta el momento, consiguiendo entre los dos —él puso el talento interpretativo, del guion se ocupó ella—, que su salida del armario resultara un hecho espontáneo y sincero. El propio Jimmy Fallon se había sorprendido ante su repentina confesión, asegurándole luego en privado que le había calado hondo la naturalidad y sencillez con la que había afrontado el tema y el momento, y que le deseaba lo mejor.

Seis meses después, no podía decir que la vida hubiera seguido fluyendo como si nada: las redes sociales habían ardido en su favor y en su contra, algunas marcas a las que representaba se habían mostrado inquietas con el asunto, una incluso rescindió el contrato a la semana siguiente; dos importantes productoras con las que estaba a punto de firmar pararon todo el proceso con la intención de replantearse su participación. Al final, los peores escenarios planteados por Patty no se habían dado. Los proyectos siguieron adelante, las marcas se apaciguaron, llovieron nuevas ofertas y alguna que otra colaboración con fundaciones y organizaciones LGTBI, y las redes, siempre tan veleidosas, encontraron otro hueso que roer.

—Ahora que todo ha vuelto a la normalidad —se había quejado Patty, tirando desdeñosa la propuesta del estudio sobre la mesa—, vas tú y aceptas hacer de gay en un culebrón cutre.

—Es el más longevo de la televisión americana.

—¿He de considerar eso un mérito? —ironizó.

«No», había pensado Dave, con cierta sorna. «Pero son los únicos que se han atrevido a proponerme el papel de un gay».

A lo largo de su carrera, había interpretado personajes de lo más variopintos: adolescente friki enamorado de la chica popular del instituto, universitario juerguista, jugador de póker en las Vegas, espía de la CIA, superviviente de una hecatombe zombi. En su último gran éxito, se había metido en el papel de un elfo capaz de cabalgar dragones. Sin embargo, nunca le habían ofrecido el papel de un homosexual ni de ningún personaje que remotamente pudiera parecerlo.

Participar como actor invitado en *Los años de nuestra vida*, interpretando a Douglas "Doug" Horton, un personaje que, como bien opinaba Patty, era un asco, no le ilusionaba en absoluto. En cambio, sí le interesaba interpretar a un hombre gay en una serie de emisión nacional, para que quedara patente lo poco que le importaba que se le conociera como homosexual tanto a un lado como a otro de la pantalla.

Cerró el guion y dejó vagar la vista por el estudio. Jude Marrow aún no había aparecido, como toda gran diva, se hacía de rogar.

Bostezó y se alborotó un poco los ensortijados cabellos de color caoba que le caían sobre la frente. Necesitaba moverse o terminaría dando cabezadas. Abandonó el guion sobre la silla y se aproximó a una larga mesa, en la que habían dispuesto dónuts, emparedados, jarras de zumo, té helado y una enorme cafetera exprés.

A su espalda, Ángela Wyman soltó un repentino grito:

—¡¿Dónde demonios está?!

Sujetando un dónut con la boca, Dave volvió sorprendido la cabeza por encima de su hombro. La directora, con el semblante desencajado y una mirada furibunda, se hallaba de pie en mitad del decorado, que pretendía emular el despacho estándar de un rico ejecutivo. Su grito había dejado mudos y paralizados a los miembros del set de rodaje. El silencio que se creó solo fue roto por el estruendo de la cafetera exprés que Dave acababa de poner en funcionamiento.

—¿Sabe ese impresentable lo que cuesta cada minuto de retraso?

—¡Pues claro que lo sabe! —soltó la más joven de los cuatro guionistas.

Dave se fijó en el grupo. La chica, recordaba que se llamaba Nora Lee, sonreía satisfecha cruzada de brazos, mientras los otros tres la miraban de reojo.

—Por favor, Peque. —Compungida, la otra mujer del equipo, que bien podría haber sido su madre, le tiró de la manga del chaleco—. No caldees más el ambiente.

—¡Callaos las dos y traedme a ese pedazo de…! —Ángela mordió la boquilla del vapeador que sostenía para no terminar la frase—. ¡Id en su busca!

—Paso —replicó Nora Lee—. Que vaya algún asistente.

Otro de los guionistas, de aspecto tan desastrado que le habrían podido confundir con un figurante que hiciera de vagabundo, echó a andar con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Ya voy yo —se ofreció, desganado.

—Por Dios, Matt, no montes ningún follón —le gritó Ángela antes de que saliera del set—. Solo tráelo.

Dave, que había contemplado la escena mientras mordisqueando el dónut y daba pequeños sorbos de café, se sonrió. Empezaba a resultarle entretenido aquel rodaje.

—Lamento el retraso, señor Norris. —Earl Foxworth se le había acercado, silencioso como un fantasma—. Ya sabe lo que suele ocurrir en los rodajes.

No tenía ni idea de a qué se refería en concreto, pero asintió.

—Nuestra directora es muy temperamental —añadió Earl.

—Me gusta la gente con temperamento —replicó con una sonrisa cordial, aunque le traía sin cuidado como fuera la gente mientras no interfiriera en su vida.

Earl se pasó la mano por la calva y sin mirarle, añadió:

—Entonces te caerá bien Jude.

Como si hubiera estado esperando que alguien pronunciara su nombre, Jude Morrow apareció por un lateral del set luciendo una expresión altiva y caminando con relajada seguridad.

—Menos mal… —susurró Earl, antes de marcharse tan silencioso como había llegado.

Dave examinó a Jude desde la distancia. Su rostro, de frente amplia y cejas espesas y rectas, en el que destacaban unos ojos verdes y grandes, era un conjunto de hermosos rasgos, que sólo menoscababa el rictus tenso de sus labios. Cuando se lo presentaron, le había resultado un hombre atractivo, en unos espléndidos cuarenta y pocos años, que sabía cuidarse y dar a valer su físico. Ahora, con aquella camisa blanca que hacía resaltar el tono bronceado de su piel, remangada hasta los codos, mostrando sus nervudos antebrazos, y los pantalones ajustados insinuando sus caderas y unas piernas largas y recias, resultaba imposible negar el gran magnetismo que poseía. No habría dudado en ligárselo, de no ser porque era un compañero de rodaje y, además, un presunto homófobo.

Jude se plantó en mitad del decorado junto a Ángela y con aplomo, le preguntó:

—¿Comenzamos?

La directora hizo un visible esfuerzo por no soltarle un par de exabruptos. Le dio la espalda y, componiendo una sonrisa, que resultó feroz, se dirigió Dave:

—Pues parece que ya podemos comenzar.

Dave se limpió la boca con una servilleta mientras hacía un gesto con el pulgar arriba. Se aproximó a Jude y le tendió la mano, amistoso.

—Vamos a ello.

Jude examinó aquella mano con una ceja alzada, como si le resultara ciertamente tedioso estrecharla, antes de hacerlo.

—Consigamos que sea divertido —añadió Dave, sonriente.

Esa era la coletilla con la que siempre iniciaba los rodajes y pretendía romper el hielo. Rara vez no le devolvían un gesto amistoso o un comentario igual de distendido. En esta ocasión, solo recibió una gélida mirada.

Ángela los miró a ambos por encima de sus gafas verde botella y gruñendo entre dientes, se fue hacia su silla.

—¡Pues a divertirse se ha dicho! —exclamó, al sentarse en ella.

Mientras Jude y Dave se sostenían la mirada, parados uno frente al otro, una

maquilladora pertrechada con brocha y paleta de maquillaje se les acercó, al tiempo que lo hacía también un ayudante de iluminación con un fotómetro. La script del rodaje, una mujer robusta y decidida, con unas gafas que le servían de diadema, además de las que usaba para leer, se coló como pudo entre la maquilladora y el ayudante, y comenzó a pasar las páginas del guion técnico que sujetaba con el antebrazo.

—A ver… —dijo dubitativa. Se fijó en una de las páginas y habló con la mirada puesta en ella—. Como sabéis, vamos a comenzar con la escena del beso, la única que tenéis juntos en este capítulo. El resto de actores y actrices llegan dentro de una hora para rodar el baile, del que hablaremos después. Os pongo en situación. Douglas "Doug" Horton —señaló con el extremo de un bolígrafo a Dave—, se acaba de presentar en la fiesta de compromiso de Christopher Cumson. —Miró de forma fugaz a Jude—. Llevan cinco años sin verse…

—Para ya —profirió Jude.

La maquilladora, que en ese momento le pasaba la brocha por la nariz, se detuvo en seco y el ayudante de iluminación apartó el fotómetro de su rostro.

—Vosotros no —gruñó—. Seguid con lo que hacéis. Eres tú la que tienes que parar, Gretel.

La script alzó la cabeza para poder mirarle a la cara.

—¿Te crees que no nos hemos leído el guion?

—Tampoco está mal que nos echen una mano para recordar —medió Dave, dedicándole a la mujer una sonrisa.

—¿Tienes mala memoria? —inquirió Jude en un tono sarcástico—. Porque yo no.

Dave se quedó unos instantes desconcertado, momento que la maquilladora aprovechó para acomodar algunos de sus rebeldes rizos detrás de las orejas y sobre la frente.

Gretel cerró de golpe el guion.

—Cómo gustes… —masculló—. Esa de ahí es tu marca de inicio —le indicó a Jude, señalando una línea pintada en el suelo a unos metros. Se giró hacia Dave y en un tono mucho más amable, dijo—. La tuya es aquella. —Bajando la voz, añadió al pasar por su lado—: Espero que te sea leve la experiencia.

Dave no supo qué responderle. Le dio las gracias a la maquilladora y se desplazó hasta donde le habían indicado. Jude, ya colocado en su marca, tenía los ojos cerrados y movía el cuello y los hombros, como si se preparara para hacer alguna actividad física.

—¿Listo, Dave? —preguntó Ángela.

Este asintió con entusiasmo.

—¿Jude? —inquirió la directora.

El aludido ni abrió los ojos.

La mujer tomó aire y lo retuvo con el semblante congestionado. Hizo una seña a su ayudante de dirección, pertrechado con un auricular y micrófono, que comenzó a dictar órdenes. Un auxiliar avanzó hasta colocarse junto a Jude con una claqueta digital y, dirigiéndose a la cámara más próxima, exclamó:

—¡*Los años de nuestra vida*! ¡Capítulo trece! ¡Escena treinta y dos! ¡Toma primera!

Sonó el chasquido de la claqueta y Ángela gritó:

—Tres y… ¡Acción!

En ese momento Jude abrió los ojos y la expresión de su rostro cambió. De repente había en ella una convincente mezcolanza de temor, sorpresa y rabia.

—¿A qué has venido? —preguntó con un leve temblor en su voz, dirigiéndose a Dave—. Después de tanto tiempo, maldita sea… ¿Qué buscas aquí, precisamente hoy? ¿Es que quieres arruinarme la vida?

Dave avanzó unos decididos pasos y una de las cámaras giró para seguir el movimiento.

—Tu vida está arruinada sin mí, Christopher, lo sabes. No te engañes a ti mismo.

—¡Te fuiste! —gritó—. Me abandonaste como a un perro. Y ahora que por fin puedo rehacer mi vida junto a una mujer que me ama…

—Nadie te amará como te amo yo —le interrumpió, acortando la ya escasa distancia que había entre ellos—. Ni una mujer ni otro hombre. —Se abalanzó sobre él y le agarró por los hombros—. ¡Lo que nosotros dos tenemos es único!

Adelantó el rostro para besarlo, pero Jude echó de forma exagerada la cabeza hacia atrás y apretó los labios. Confuso, Dave se quedó paralizado unos segundos. Lo intentó de nuevo y Jude, además de estirar todo lo que pudo el cuello, arqueó la espalda.

—¡Corten! —gritó Ángela.

Jude se sacudió para soltarse y Dave le dejó hacer, más sorprendido que contrariado. Ángela se les acercó de un par de zancadas.

—¿Qué ocurre? —inquirió, encarándose con Jude.

Se escuchaba a los miembros del set hablando entre cuchicheos. Jude miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron, ansiosos, en el grupo de guionistas al que se había unido Matt; Nora Lee le dirigió una taza de café como si le dedicara un brindis.

—Jude —Ángela chasqueó los dedos varias veces delante de sus ojos—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada —respondió con brusquedad.

—Después de: «lo que nosotros dos tenemos es único», viene un beso que Douglas inicia y Christopher, no sólo acepta, sino que lo devuelve. ¿Se te ha olvidado? Porque antes te he oído decir que no tienes mala memoria —ironizó.

—No estaba concentrado —gruñó. Sacudió la cabeza y respiró hondo varias veces —. Listo.

Ángela se giró hacia Dave.

—Retomamos en la última línea.

En unos instantes, todo el personal estuvo de nuevo en sus puestos. La claqueta sonó y Dave recitó su frase:

—¡Lo que nosotros dos tenemos es único!

Sus manos, en un gesto apasionado, aferraron a Jude quien, rígido como un tronco, volvió el rostro primero a un lado y luego a otro. Dave trató de seguir sus labios. El movimiento de ambos fue tan brusco e indeciso, que de repente, la nariz de uno chocó contra la frente del otro.

—¡Maldita sea! —estalló Ángela, mientras se dejaban escuchar algunas risas soterradas—. ¡Corten!

Dave se apartó frotándose la nariz con un gesto de dolor.

—Tío, ¿qué te pasa?

Jude tenía el semblante contraído. El sofoco que sufría era en parte irritación y en parte vergüenza.

—No puedo —masculló, sin querer mirar a nadie en concreto.

—¿No puedes qué, Jude? —preguntó exasperada Ángela desde su silla.

Estrujaba con tanta fuerza el vapeador que sus dedos habían palidecido.

—¡Besar a un hombre! —exclamó, señalando a Dave.

Este no pudo ocultar su asombro.

—¿Estás de broma? —Echó un rápido vistazo a su alrededor—. Esto no será alguna especie de inocentada, ¿verdad?

—¡Ojalá! —estalló Ángela. Se acercó a Jude y se encaró con él, dándole la espalda a Dave—. Ya hemos hablado de esto un millón de veces —le recriminó en voz baja, tratando de reprimir su furia—. Es un puto beso, nada más. Eres actor, ¿no? Pues guárdate los prejuicios hasta que termine la escena y actúa.

—No son prejuicios —masculló.

—¿De qué va todo esto? —inquirió Dave. Los miró a ambos con la frente arrugada y ante su mutismo, se volvió hacia Jude—. Mira, me da igual lo que pienses de mí y de los gais. Pero este es un rodaje del que dependen muchos empleos, así que no pienso quedarme callado mientras tu falta de profesionalidad lo jode.

—¿Falta de profesionalidad? —vociferó Jude—. ¿Mía? —Se señaló así mismo e inmediatamente, avanzando a grandes zancadas hacia el grupo de guionistas, los cuales ni pestañearon, señaló a cada uno de ellos con el mismo dedo rígido y acusador—. ¡Ellos son los que no conocen el significado de la palabra «profesional»! —exclamó—. Si estamos en esta situación es porque son unos revanchistas que prefieren arruinar la credibilidad de un personaje, el personaje estrella de la serie, con tal de acabar con mi carrera.

Dave miró incrédulo a los guionistas, que permanecían en un tenso silencio, muy cerca los unos de los otros, y después a Ángela, la cual se había quitado las gafas y se frotaba el puente de la nariz como si quisiera aplastarlo.

—Yo me he perdido —manifestó, encogiéndose de hombros.

—Pues es muy fácil de entender —afirmó con ímpetu Jude, girándose en redondo hacia Dave—. Estos cretinos quieren que interprete a un… —Se detuvo un momento, tiempo en el que más de una persona del set contuvo la respiración, antes de decir—: gay, porque saben que eso acaba con las carreras de los actores heteros como yo.

—Menuda estupidez —soltó Dave, que estuvo a punto de echarse a reír—. ¿De verdad crees lo que dices? Aunque a principio de la década de los 2000 aún había actores que pensaban así y con buenos motivos, ahora la situación ha cambiado… —Le miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa torcida—. Me parece que tu problema es otro.

El rostro de Jude palideció visiblemente.

—¿Qué estás insinuando? —inquirió, despacio, con tono bronco y el cuerpo envarado.

—Tom Hanks —dijo una voz.

Todas las miradas, sin excepción, se volvieron hacia Matt, que se hallaba de pie junto al resto de guionistas, con las manos en los bolsillos y una expresión apática.

—Tom Hanks —repitió—. Y Antonio Banderas. Los dos hicieron de gais en *Philadelphia,* y yo diría que sus carreras no salieron mal paradas de la experiencia.

Jude se le quedó mirando sin ser capaz de pronunciar palabra.

—Cate Blanchett —dijo Nora Lee—. Bellísima en *Carol*.

Un operador de cámara levantó la mano con timidez y, antes de que Jude se dirigiera a él, apuntó:

—Sean Penn. En *Milk*. Le dieron un Óscar.

—¡Yo me sé uno! —exclamó la ayudante de sonido desde el fondo del set dando saltitos—. Jude Law interpretando a Alfred Douglas en *Wilde*. ¡Madre mía, cómo está en esa película!

—Michael Douglas y Matt Damon en *Behind the candelabra* —intervino Gretel con relajado tono—. Jared Leto en *Dallas Buyers Club*, Meryl Streep en *Las horas*, Charlize Theron en *Monster*, y por supuesto, Jake Gyllenhaal y Heath Ledger en la espléndida *Brokeback Mountain* —Sus labios se curvaron en una amplia y sardónica sonrisa—. Yo también tengo buena memoria.

Nadie volvió a hablar y un silencio tenso cayó sobre el set. Jude, con el rostro congestionado y las manos crispadas en sendos puños, barrió el lugar con una mirada cargada de odio y desprecio.

—Todos vosotros… —masculló entre dientes—. Todos…

Ángela soltó el aire de sus pulmones con un largo y pesado suspiro.

—Jude…

—¡No! —exclamó. Cruzó ante ella con paso rápido y rígido, sin mirarla, y antes de desaparecer por el fondo del set, gritó—: ¡Ni lo intentes!

Ángela lanzó contra el suelo el vapeador y lo pisó con saña.

—¡Que alguien me traiga un bote de Xanax! —gritó, y al ver la expresión atónita de Dave, forzó una histriónica sonrisa—. Tranquilo. El rodaje va como lo habíamos imaginado.



Dave se detuvo ante la puerta del camerino. En ella, en letras rojas y con un diseño ochentero, se podía leer el nombre de Jude Morrow.

El protagonista de *Los años de nuestra vida* había abandonado el set de rodaje hacía poco menos de una hora, sin que, en ese tiempo, algún miembro del equipo hubiera mostrado voluntad para ir a buscarle.

—No se preocupe, señor Norris —le había dicho el productor al interpelarle sobre la situación—. Cuando Jude tiene un desacuerdo con la dirección, es mejor dejarle reposar tranquilo.

—¿Desacuerdo? —había exclamado Ángela, mientras se peleaba con el cierre de seguridad de un bote de pastillas—. Pataleta infantil. Por lo menos hasta dentro de un par de horas no sabremos nada de él. ¡Y casi mejor!

Dave no supo qué decir ni tampoco qué hacer. Le costaba comprender que ninguno de los responsables del rodaje tuviera la intención de amonestar a Jude Morrow por su irreverente conducta y menos aún, no exigirle su inmediato regreso.

Antes de que pudiera protestar por todo aquel despropósito, se le aproximó la script con su voluminoso guion. En cuestión de unos minutos, Gretel le informó de los cambios que iban a llevarse a cabo en el planning de rodaje, para adaptarlo a la ausencia de Jude. Dave presenció, impresionado, la habilidad con la que la mujer enfrentaba la difícil tarea de cuadrar el traslado de escenas y personal de un horario a otro, y plasmarlo con rotulador rojo en el guion a base de flechas, tachones y círculos.

—¿Y no sería más sencillo que Jude volviera al rodaje? —preguntó.

Gretel le dedicó una sonrisa maternal.

—Bendita inocencia —suspiró—. Créeme, no lo es.

Dave sacudió la cabeza con una media sonrisa.

—Juro que no entiendo nada. ¿Cómo es posible que el estudio tolere semejante comportamiento? Por menos de esto, conozco actores y actrices que han sido expulsados de una producción y vetados por directores.

—Yo también. Pero Jude Morrow es la estrella del culebrón y desde hace años se le consienten estos desplantes y mucho más. El único que es capaz de ponerlo firme es el presidente de la cadena, al que no van a molestar por un berrinche cotidiano como este. —La mujer se encogió de hombros con resignación—. Aunque fastidie admitirlo, *Los años de nuestra vida* ya habría sido cancelada de no ser por Christopher Cumson. A grandes rasgos, nuestro público objetivo sigue siendo las maduritas, y todas están rendidas a sus pies.

Después de aquella conversación, Dave decidió que esperaría veinte minutos, tras los cuales, si el actor no aparecía, pensaba abandonar también el rodaje.

Sin embargo, al proceder así, algunos podían tomarle por una persona inflexible y altiva, cuando lo que le gustaba era que la gente a su alrededor le considerara lo contrario, además de un profesional. Así que, antes de que cumpliera el plazo, se plantó delante del camerino de Jude Morrow, dispuesto a usar la diplomacia y un poco de su encanto personal para convencer a aquel imbécil de que hiciera su trabajo, y si no lo lograba, al menos todo el mundo sabría que lo había intentado.

Levantó la mano para llamar a la puerta, y en ese instante vio de reojo que alguien se acercaba por el pasillo.

—Yo que tú no lo haría.

Se giró para mirar de frente al desaliñado joven que se había detenido a su lado.

—Matt, ¿verdad?

El guionista asintió.

—Si entras ahí, lo pagará contigo. Y se pone muy borde si se lo propone.

Dave le dedicó un evaluativo vistazo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Ante el encogimiento de hombros de Matt, inquirió—: ¿Hay algo de verdad en eso que ha dicho Jude de que estáis contra él?

—Hay mucho de verdad —respondió, insinuando una mueca burlona antes de echar a andar de nuevo.

Pensativo, Dave le observó alejarse con su paso cansino. Esperó a verlo desaparecer tras la esquina y llamó a la puerta. Nadie contestó. Llamó de nuevo y acercó la oreja a la madera. Le pareció captar un ruido de pasos en el interior, lo que le confirmaba que Jude no se había marchado, e insistió. La puerta permaneció cerrada. Volvió a llamar, y esta vez no cesó en los golpes, que no eran fuertes, pero sí constantes. Así estuvo un tiempo más que largo, hasta que la puerta se abrió con violencia y un Jude descamisado y con el cabello revuelto, apareció en el umbral.

—¿Qué? —bramó.

Dave alzó ambas manos y esbozó una afable sonrisa.

—Vengo en son de paz.

Jude hizo ademán de cerrar la puerta.

—¡Espera, por favor! —suplicó, con las manos juntas a modo de plegaría—. Quería decirte que entiendo por lo que estás pasando.

Jude detuvo el gesto con un gruñido.

—¡Qué vas a entender tú!

—Hablemos —le propuso—. De colega a colega. Desahógate conmigo.

La duda acudió un instante al irritado rostro del actor. Movió la cabeza, chasqueó la lengua y por fin se apartó a un lado para dejarle pasar. Antes de que Dave se hubiera sentado en el sofá de cuero, que ocupaba todo un lateral del camerino, Jude le soltó:

—Espero que no hayas venido a intentar convencerme de que regrese al rodaje. —Señaló el pasillo con la mano—. Si es así, ya te puedes largar.

«Pues sí, idiota», pensó, sentándose despacio. «¿A qué otra cosa iba a venir?».

Jude frunció aún más el entrecejo, tanto que los extremos de sus cejas se tocaron. Aguantó unos segundos con la puerta abierta, y por fin la cerró de un portazo. Fue hacia la mesa de maquillaje y con notorio malestar se apoyó en ella, agarrándose al borde con ambas manos. Dave cruzó las piernas, intentando no dirigir sus ojos hacia el torso del actor, que se le mostraba en toda su espléndida anchura, ni tampoco seguir con la mirada la delgada línea de vello que le nacía en el ombligo, anular y profundo, y descendía hasta perderse bajo la cinturilla del pantalón. Una cinturilla ajustada a sus caderas, a una altura que permitía advertir el nacimiento de la «v» de los abdominales, el cinturón de Adonis, como le había dicho un amante que llamaban también a la erótica zona que descendía desde las caderas hasta el pubis.

—¿Y bien? —le espetó Jude, sacándole de sus lúbricos pensamientos.

Dave se obligó a clavar sus ojos en los del actor.

—No te voy a mentir. Esta situación no es agradable para mí.

—No haber venido.

—Me refiero a lo sucedido en el rodaje.

—Yo también —sentenció con brusquedad.

Dave se instó a sonreír.

—Vale. Estás muy cabreado. Lo entiendo. Los guionistas la han tomado contigo. Yo también he tenido mis más y mis menos con algunos.

—¿Ah, sí? —ironizó—. ¿A ti también te han obligado a hacer el ridículo?

La sonrisa de Dave se endureció. No consideraba que en la interpretación hubiera ningún papel que pudiera catalogarse de ridículo, y mucho menos, que interpretar a un hombre homosexual lo fuera. Abrió la boca para hablar y Jude se le adelantó:

—¡Oh, perdona! —exclamó con un deje cáustico—. Olvidaba lo de tu salida del armario. Para ti lo de hacer de gay es algo serio y normal. Pues vete haciendo a la idea de que a partir de ahora no vas a interpretar otra cosa. Bonita carrera te queda por delante.

Resistió el impulso de hacerle ver, con un par de frases y algún insulto, lo que podía hacer con aquel comentario. Era obvio que Jude pretendía provocarlo, dar lugar a una pelea, para crear un verdadero conflicto entre ellos o tal vez solo desahogarse. No iba a tener suerte. Llevaba demasiados años trabajando con actores y actrices de toda índole, para terminar cayendo en una trampa tan pueril, aunque sí comenzaba a arrepentirse de no haber seguido el consejo del guionista.

—Si quieres, otro día podemos hablar sobre mi futuro —comentó sin acritud—. Ahora tal vez deberíamos intentar solucionar el problema que tenemos entre manos.

—Yo no tengo ningún problema —afirmó, cruzándose de brazos—. Estoy dispuesto a continuar el rodaje en el momento que eliminen del guion la escena del beso y cualquier tipo de situación íntima entre los personajes.

—¿Eso es todo? Creía que no estabas de acuerdo con el cambio en la orientación sexual de Christopher Cumson.

Los labios de Jude se torcieron en una mueca despectiva. Contempló de arriba abajo a Dave y sacudió la cabeza como si se sintiera francamente decepcionado.

—¡Y no lo estoy! —soltó—. Pero no soy tan imbécil como para creer que puedo conseguir que los guionistas se echen atrás o que Ángela y Earl dejen de lamerles el culo. Mi condición para seguir adelante es que no habrá ninguna escena homoerótica entre Christopher Cumson y Douglas Horton.

Dave se quedó callado unos segundos. Cada vez tenía menos dudas sobre las inclinaciones homófobas de aquel tipo.

—Quizás el problema está en que no quisiste ensayar… —dijo.

—Yo no necesito ensayar —le cortó, tajante.

—Sí, lo dejaste claro en su momento —continuó Dave con impaciencia—. Sin embargo, a veces, solo con la lectura conjunta del guion puede que nos hagamos una idea equivocada de la escena o que no alcancemos a entender lo que implica en realidad, y creo que es lo que te ha sucedido en este caso. Tal vez, si hubiéramos ensayado, habrías podido constatar que el hecho de que nos besemos no es algo que pueda afectarnos a ninguno de los dos, en ningún sentido.

Por un momento, ante la expresión reflexiva de Jude, pensó que había logrado convencerlo. La sonrisa sardónica que ensanchó la boca del actor, le hizo cambiar de opinión.

—Así que eso era… —Jude estuvo a poco de soltar una carcajada—. Por eso has aceptado este papel de mierda.

—No te sigo —dijo Dave, con sinceridad.

Jude, mudando la socarronería de sus labios por una seductora sonrisa, se inclinó hacia delante aún con los brazos cruzados.

—¿Te gusta ligar con heteros, Dave? ¿Es eso? ¿Pensabas que, con la excusa del rodaje, las escenitas intimas y todo eso, me volvería maricón y te metería en mi cama? Pues amigo, quítatelo de la cabeza. No estoy a tu alcance.

El estupor dejó boquiabierto a Dave.

—Menudo… —masculló.

Se le ocurrieron muchas formas de continuar la frase, ninguna a la altura del despreció que sentía en aquellos momentos por aquel individuo.

—Menudo, ¿qué? —le desafío Jude dándole a sus palabras una inflexión meliflua y burlona.

—Me he encontrado a mucha gente narcisista en esta profesión. —Dave se puso en pie con parsimonia, decidido a contenerse, a no darle el gusto de verle exaltado—. Y, a pesar de ello, sigo sin acostumbrarme a vuestras gilipolleces.

—¿Te jode que haya descubierto tu juego? —canturreó Jude.

Dave se dirigió hacia la puerta, la abrió tratando de que sus gestos no fueran bruscos y, antes de salir, dijo mirando a Jude.

—En realidad, me trae sin cuidado lo que pienses o hagas. Disfruta de tu éxito mientras dure.

Jude se enderezó, arrogante, incitándole con la mirada. Dave salió del camerino y cerró la puerta despacio, haciendo el gran esfuerzo de no dar un portazo. Caminó por el pasillo envarado, dando largas zancadas, rumiando en silencio su malestar. Al girar la esquina, casi tropieza con Matt, que se hallaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas como un yogui.

Ambos se contemplaron un momento. El guionista, encogiéndose de hombros, dijo:

—Te lo advertí.

Dave no le respondió. Matt le dio un sorbo a la lata de bebida energética que sostenía, antes de volver a hablar:

—Además de ponerse borde te ha sacado de tus casillas, ¿a qué sí?

En silencio se recostó en la pared junto al guionista, apoyó la cabeza con gesto cansado y clavó la vista en el techo.

—No tiene nada personal contra ti —comentó Matt—. Se comporta así con todo el mundo.

—Creo que eso no hace que me caiga mejor.

Pensativo, se pasó la mano por los cabellos, enredando distraído los dedos en algunos rizos. Al cabo de un rato, una torcida mueca de satisfacción afloró a sus labios.

—Quiere que quitéis la escena del beso —dijo—. Y cualquier otra cosa que pueda parecer medianamente erótica.

—Me lo imaginaba. —Matt se rascó con ganas la incipiente barba que le oscurecía el mentón—. Así evita que pueda quedar para la posteridad una prueba grabada de Jude Morrow en actitud gay con otro hombre.

Dave se agachó, flexionando las piernas, hasta quedar a la misma altura de Matt.

—¿Crees que esa es la razón de todo este numerito?

—Ya le has oído antes. Tiene un concepto muy trasnochado sobre los gais y el cine.

—Pero vosotros, los guionistas, no vais a claudicar.

—Si se enroca en ello no habrá más remedio. Earl cederá en anular lo del beso para conseguir que se rueden el resto de escenas.

Un brillo malicioso acudió a los oscuros ojos de Dave.

—¿Y si el que se enroca soy yo?



—¿En serio que lo ha llamado maricón en sus narices? —preguntó Trinidad, deteniendo el tenedor con el que batía un par de huevos en un cuenco.

—Ya te he dicho que no, mujer sorda. —Jude, vistiendo una larga bata de seda azul marino, se hallaba sentado en una banqueta, junto a la isla de la cocina—. ¿Terminas o no con esa tortilla?

—Los hombres homo se llaman «maricón» entre ellos. «Hola, maricón», «¿Qué tal, maricón?», «Nos vemos, maricón». —La mujer reanudó los enérgicos movimientos—. No le gusta que otra gente que no sea homo se lo llame, se sienten insultados.

—Te digo que no le dije… —Jude calló de golpe. Colocó las manos en la encimera y apoyó la frente en el dorso de ambas con gesto agotado—. Da igual.

—Y si no le faltó al respeto, ¿a qué viene lo de tener que pedirle disculpas? —Se giró hacia la sartén colocada sobre la cocina de inducción y pasó una mano por encima para comprobar si estaba caliente—. Con lo poco que a usted le gusta disculparse.

—A nadie le gusta hacerlo —musitó, sin mucha convicción.

Trinidad tenía razón, lo que peor llevaba de aquel tremendo lío era que le obligaran a pedirle disculpas al gilipollas de Dave Norris.

—¿Y quién es el que le ha ordenado que lo haga? —preguntó la mujer.

—El presidente de la cadena.

—¡Ay, Virgen de Chiquinquirá! —exclamó. Con un experto movimiento de muñeca, derramó el huevo en la sartén, lo que causó un sonoro chisporroteo—. Con el miedo que usted le tiene a ese señor.

—No digas bobadas —gruñó, sin alzar la cabeza—. Yo no le tengo miedo a nadie.

En eso también tenía razón Trinidad, y él, por supuesto, mentía.

El presidente, Stephen Chase, un tipo que cuando estaba de buen humor se mostraba campechano y en sus días malos perdía con una facilidad pasmosa los buenos modales, era el único con verdadero poder para cancelar su contrato con la cadena.

Hacía menos de una hora, Stephen Chase le había despertado con una llamada al móvil para ponerle en antecedentes, usando un tono gélido que nada bueno vaticinaba, sobre la reunión que acababa de mantener con la representante de Dave Norris, según el presidente, una alimaña enfundada en un traje de Louis Vuitton. Al parecer, el actor se había sentido agredido e insultado por, según palabras textuales de la representante, «el ambiente homofóbico que se respiraba en el rodaje», ambiente del cual hacía responsable por entero a Jude Morrow, quien, al parecer, había vertido ofensivos comentarios sobre los homosexuales tanto en público como en privado. Por ello, Dave Norris deseaba rescindir su contrato con la cadena y solicitaba una indemnización por el tiempo perdido y los daños morales sufridos.

De nada le sirvió a Jude, aún medio adormilado, enfurecerse por semejante cúmulo de mentiras y malos entendidos. Stephen le cortó con un contundente: «cierra el pico».

—El tal Dave se aviene a olvidarlo todo y no hacer público lo sucedido, con dos condiciones, que tú vas a cumplir sí o sí.

Una vez comunicada las dos condiciones, el presidente de la cadena había colgado

sin haberle permitido defenderse.

En ningún momento había insultado a Dave Norris, al menos de forma premeditada, y si el tipo se había sentido agraviado o dañado de alguna manera, se debía a que tenía la piel poco curtida. Le había soltado toda aquella mierda sobre «ligar con heteros» y meterlo en su cama, con intención de enfurecerlo, para que dejara de hacer el irritante papel de buen chico que a todos cae bien, y, en especial, para librarse de su fastidiosa presencia. Ni se le había pasado por la cabeza que el muy idiota se hubiera tomado todo aquello en serio, y menos que pretendiera usarlo para sacar rédito.

—Tenga, coma algo.

Trinidad colocó sobre la encimera un plato con una jugosa y amarilla tortilla y un tenedor. Sacó del refrigerador una jarra de zumo de naranja y sirvió dos vasos. Dejó uno junto al plato, y sentándose en una banqueta, bebió del otro.

—Bueno, y además de pedirle perdón, ¿qué otra cosa dice que tiene que hacer para que ese señor Norris haga como que nada ha pasado?

Jude levantó apenas la frente para poder dirigirle una mirada abatida.

—Quiere que ruede la puta escena del beso.

—No sea mal hablado, señor Morrow. —Bebió de nuevo y se relamió los labios antes de volver a hablar—. ¿Y qué problema hay con ese beso? Usted ha rodado muchas escenas en las que había algo más que besos y nunca le he escuchado quejarse.

Jude acercó el plato y con el tenedor troceó la tortilla.

—No es lo mismo —dijo, alargando las palabras.

—¿Por qué?

Se metió un trozo de tortilla en la boca y lo masticó sin ganas.

—Esas escenas han sido siempre con mujeres —respondió, con la boca llena.

—¿Y qué más da? ¿No es usted actor? ¡Actúe! Usted puede hacer que sea creíble. Aún le queda cierto talento, no está tan acabado.

Jude le clavó una furibunda mirada sin dejar de masticar.

—Y sobre lo de pedir perdón, tampoco haga una tragedia de eso. ¿Tiene que hacerlo en público?

—¿En público?

—Sí, me refiero con testigos. ¿Puede hacerlo en privado o tiene que haber testigos de cómo se humilla ante el señor Norris?

—No voy a humillarme ante nadie —soltó, pinchando otro trozo de tortilla con vehemencia—. Y no, el presidente no ha dicho nada de que tenga que ser un espectáculo.

—Pues entonces, ¿a qué viene tanto berrinche? —Trinidad se terminó el zumo, se levantó de la banqueta y llevó el vaso al fregadero—. Quede con él para cenar, se disculpa y tan amigos.

—¡No pienso quedar con él para cenar!

—Pues a tomar una copa. —La mujer se alisó el delantal—. O lo que sea que hacen ustedes los actores para pasar el rato. —Le señaló con un dedo—. Termínese la tortilla, que no me gusta tirar comida, hay mucho niño hambriento en el mundo. Y no entre en el dormitorio hasta que haya terminado de hacer la cama y limpiar el baño, que solo sabe estorbar.

Se marchó canturreando una tonada y Jude se quedó contemplando la tortilla a medio comer.

A lo mejor Trinidad volvía a tener razón. Tal vez si acordaba una reunión privada y amistosa con Dave, en la que más que disculparse le explicara con sinceridad el motivo de sus comentarios y sus reticencias a la hora de interpretar a un hombre gay, la situación podría resolverse sin mayores contratiempos, incluso podría intentar convencerle de que olvidara lo de la maldita escena del beso. El problema era que le abochornaba la idea de encontrarse con él en el estudio, y en un lugar público, se corría el peligro de que un fan ocioso se les lanzara encima suplicando fotos y autógrafos.

Recorrió la impoluta cocina con la mirada hasta llegar al muro de vidrio orientado hacia la ciudad de Los Ángeles, luminosa bajo la diáfana mañana.

También existía la posibilidad de invitarlo a su casa, a su territorio, donde seguro se sentiría mucho más dueño de la situación.

Madurando aquella posibilidad, que no le resultaba del todo detestable, y sintiéndose menos decaído, se terminó la tortilla.

☆

Dave llegó a la casa unos minutos antes de la hora prevista, a pesar de que la conductora del Uber había tenido que optar por apagar el GPS para no volverse loca por las enrevesadas calles de Hollywood Hills. La puerta se abrió justo cuando iba a llamar al timbre.

Una mujer de poca estatura, vestida con uniforme de asistenta y cargando un bolso de retales, apareció en el umbral y se le quedó mirando con desparpajo.

—Buenas tardes —saludó Dave, quitándose la gorra que llevaba calada—. ¿Es esta la vivienda de Jude Morrow?

—¿Es usted el señor Norris? —preguntó a su vez la mujer, y sin esperar su respuesta, dijo—: Sí que lo es. Le he reconocido. He visto alguna vez esa serie tan fantasiosa de los lagartos voladores. Llega pronto.

Dave consultó su reloj.

—Solo unos minutos.

—Llega pronto para el señor Morrow. Usted calcule siempre treinta minutos después de la hora en la que él le cite y llegará puntual.

La mujer se le acercó sin reparos y se detuvo a un palmo de él, tan cerca que, para mirarle a la cara, echó la cabeza hacia atrás. A su vez, Dave tuvo que arquear el cuello para enfrentarla.

—Oiga. Sea paciente con el señor Morrow. Es un poco idiota, pero no mala persona. Lo que le sucede es que madura despacio.

Dave estuvo a punto de echarse a reír ante aquel comentario.

—Disculpe, no sé a qué se refiere.

—Que tarda en entender las cosas. —La mujer movió la mano en el aire, alrededor de su cabeza—. Tarda en madurarlas. Les pasa mucho a las personas tercas como él. El problema está en que, mientras las entiende o no, dice y hace cosas estúpidas. —Agarró el asa del bolso con las dos manos y se encaminó hacia la verja—. Pase una tranquila velada.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, mientras la veía alejarse por el camino de grava.

—Trinidad.

—Gracias por el consejo, Trinidad.

Antes de salir a la calle, la mujer le dedicó una mirada de soslayo.

—No se lo he dado pensando en usted.

Dave se quedó unos instantes preguntándose, divertido, qué tipo de conversación acababa de mantener con aquella mujer. Se volvió hacia la puerta, que permanecía abierta, y asomó la cabeza al interior de la casa; no había vestíbulo, desde la entrada se accedía a un inmenso salón diáfano en el que no vio ni rastro de Jude.

Entró, cerrando a su espalda, y caminó por la estancia examinándola con curiosidad. Al parecer, por el escaso, aunque caro mobiliario, y la parca decoración, Jude poseía un gusto minimalista, además de ecléctico y, en el fondo, impersonal. Al pasar junto a una silla *Butterfly* de cuero, dejó en ella el bolso bandolera que llevaba y la gorra. Se dirigió a la pared del fondo, que era una gran cristalera que daba a la terraza y, deslizando la puerta a un lado, salió. Una piscina estrecha y larga, cuyas aguas parecían derramarse sobre la ciudad de Los Ángeles a la que el sol del atardecer arrancaba destellos y reflejos, ocupaba la parte central de la terraza. Se detuvo y dejó escapar un leve silbido, admirado por el paisaje que se desplegaba ante él.

—¿Qué haces aquí?

Dave se volvió hacia la casa. Jude, vestido con una camiseta gris y unos pantalones sueltos de color tostado, le miraba ceñudo desde el salón.

—Tú me has invitado.

Jude chasqueó la lengua y salió a la terraza.

—Me refiero a cómo has entrado. No he escuchado el timbre de la puerta.

—Esa mujer, Trinidad, salía cuando he llegado.

Jude se quedó callado, visiblemente incómodo, y Dave se sintió satisfecho.

Algo así había esperado que sucediera al pedirle a Patty que le hiciera una visita oficial al presidente de la cadena. La representante se lo había tomado tan en serio —echaba de menos sus días de abogada implacable— que, a pesar de haberle advertido que no quería abandonar el rodaje sino solo poner en una situación delicada a Jude, casi consigue rescindir su contrato y una indemnización. De aquello solo había pasado un día y medio. El tiempo necesario para que Jude, como decía su asistenta, «madurara» el ultimátum que le había dado Stephen Chase y lo acatara.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —inquirió Jude, desabrido.

Dave metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, en actitud relajada.

—Por teléfono dijiste que querías hablar.

Jude apretó los labios, desvió la vista y, dándose la vuelta, preguntó:

—¿Qué bebes?

—Cualquier refresco me sirve.

—¿Y qué le pones?

—Hielo.

Jude se detuvo en la puerta y se volvió con un resoplido de impaciencia.

—Me refiero a si quieres whisky, vodka, ginebra…

—Soy abstemio —le interrumpió.

Jude sacudió la cabeza, como si aquella aclaración le resultara molesta.

—Claro, cómo no —masculló, entrando en la casa—. El chico bueno de Hollywood

tenía que ser abstemio.

Aquel comentario, viniendo precisamente de Jude, debería de haberle molestado, en cambio, le arrancó una sonrisa benévola casi sin percatarse de ello.

Echó a andar por el borde de la piscina y llegó hasta la valla de metacrilato que rodeaba la terraza y que cortaba el paso al barranco sobre el que estaba encaramada la propiedad. Con los antebrazos apoyados en la valla, contempló cómo la mortecina luz del día iba tiñendo de fuego el horizonte. Había visitado con anterioridad otras casas en Hollywood Hills, y aunque todas las que conocía eran mejores en diseño y tamaño que aquella, ninguna poseía unas vistas tan espectaculares.

A medida que el sol fue dejando paso a la noche, los focos distribuidos por el suelo de la terraza se fueron encendiendo de forma sutil. Una brisa fresca sopló desde el valle, acariciándole el rostro, y cerró los ojos para disfrutarla. Al cabo de unos minutos, oyó pasos a su espalda y se giró. Jude caminaba hacia él con un vaso en cada mano. Apoyó los codos en la valla y estudió con descaro la figura del actor. Su rostro, su cuerpo, la forma que tenía de lucir la ropa, incluso de moverse, hacían de él un hombre muy atractivo, y por un instante, robarle un par de besos y algunas caricias no le resultó una posibilidad descabellada.

No había querido un enfrentamiento directo con Jude en su camerino. A pesar de lo asqueado que sus comentarios le habían hecho sentir, no era del tipo de persona que montaba una bronca en pleno rodaje, ni quería que otros pensasen que lo era. Tampoco le iba lo de maquinar una venganza que servir fría. No obstante, permitir que aquel ególatra soltara por su boca semejantes sandeces y no hacérselas tragar le había resultado demasiado irritante.

La idea de cómo ajustar cuentas la tuvo mientras hablaba en el pasillo con el guionista de aspecto descuidado. Jude merecía que le bajaran los humos, y qué mejor manera de lograrlo que obligándole a hacer lo que menos deseaba. Tan presuntuoso como era, tener que pedir perdón por sus actos seguro que le hacía sentir humillado, y verse en la obligación de recibir los besos de un gay ante una cámara, mucho más. Aquello le había parecido suficiente para serenar su malestar, o al menos, no había previsto ir más allá; la revancha culminaría en un capítulo de *Los días de nuestra vida* que Jude tendría que soportar el resto de la suya.

Sin embargo, le había invitado a su casa y, de repente, al verlo allí, tan apetitoso, se le ocurría que tentarlo, provocarlo hasta hacerle caer en lo que tan ufano había asegurado que no sucedería, le suscitaba cierta maliciosa complacencia, y aunque no tenía costumbre de insinuarse a los heterosexuales —al menos siendo consciente de que lo eran—, o ligar con ellos, aquella noche, en aquel lugar y con aquel hombre, podía hacer una excepción.

Jude se detuvo y le tendió un vaso largo con mucho hielo y un líquido burbujeante.

—Tónica. ¿Te parece bien?

Tomó el vaso con una sonrisa, por toda respuesta.

—Y esto de ser abstemio… —Jude dudó unos segundos—. ¿Es por algún motivo en particular? Ya sabes —añadió, al advertir que Dave no parecía entenderle—. Creencias religiosas. Alcohólico en rehabilitación.

—¿Me estás preguntando en serio si soy alcohólico?

Jude bebió un trago del whisky que se había servido en un vaso rechoncho, antes de responder con naturalidad:

—Pregunto si lo eras.

Dave soltó un leve resoplido burlón.

—Mi motivo es el control —explicó—. No me gusta perderlo y el alcohol da lugar a ello. —Y antes de que Jude pudiera replicar, añadió—: Tienes una buena casa. —Abarcó con un movimiento de la mano la ciudad—. Y menudo regalo para la vista.

—Sí, eso suele decir la gente.

Dave se apoyó de lado en la valla, y contemplando el paisaje, comentó:

—Una cena romántica a la luz de las velas, con este telón de fondo, y cualquiera caería rendido a tus pies. —Miró al actor de soslayo, con la sombra de una sonrisa maliciosa en los labios—. Cualquier mujer, me refiero.

La incomodidad afloró al rostro de Jude, que se apartó unos pasos de él, dándole la espalda.

—No creo que hayas venido aquí para hablar de las vistas que tiene mi casa. Ni de cenas románticas.

—La verdad es que no. —Hizo tintinear el hielo en su vaso—. Pero puedes seguir sorteando el tema por el que me has pedido que venga todo el tiempo que quieras. Yo no tengo nada que hacer hasta mañana a las siete, que es la hora en que debo acudir al estudio. A ti te han citado a esa misma hora, ¿verdad?

Jude se volvió, airado.

—¿De verdad tenías que meter al presidente en este asunto? —le preguntó con vehemencia—. ¿Chantajear a la cadena?

—Vamos. —Alzó una mano en señal de protesta—. Hablar de chantaje me parece exagerado.

—¿Y cómo lo llamas tú?

Dave avanzó hacia él con serenidad.

—¿En serio quieres que volvamos a discutir? —Ladeó un poco la cabeza—. Yo preferiría firmar una tregua.

—Tú lo que quieres es que te pida disculpas —se exasperó.

—Podemos empezar por ahí.

Jude se alejó de nuevo. Caminó hacia la piscina y se detuvo en el borde. Contempló las transparentes aguas mientras bebía un trago al whisky con gesto malhumorado. Dave dio un resoplido de impaciencia y se le aproximó.

—¿Por qué te resulta tan difícil pedir perdón? Aceptar que tu comentario fue inapropiado, grosero y malintencionado no es el fin del mundo.

Jude se giró de golpe, y al encontrarse cara a cara con Dave se sobresaltó. Dio un torpe paso hacia atrás y el talón de su pie quedó en el borde de la piscina. Dave lo agarró con un movimiento rápido por la camiseta y tiró de ella, evitando que perdiera el equilibrio.

—Por poco —comentó, jovial.

Jude echó un vistazo al agua por encima de su hombro con el semblante crispado por la angustia.

—¡De quién habría sido la culpa! —exclamó, furibundo.

Dave alzó una ceja, por un momento perplejo.

—Ni las gracias sabes dar. —Torció la boca en una mueca ladina—. Me da la impresión de que estás acalorado. Te vendrá bien un baño.

—¡No! —gritó Jude.

Intentó agarrarse a la muñeca de Dave, y este, esquivándole, le dio un fuerte empellón en el pecho. Haciendo grandes aspavientos con los brazos, perdió pie y cayó hacia atrás todo lo largo que era. Chocó contra el agua, salpicando en todas direcciones, y se hundió igual que una piedra. Dave se apartó entre risas, para evitar las salpicaduras. Los brazos de Jude surgieron del agua manoteando con violencia, intentando en vano llegar hasta el borde. Su rostro, aterrado, apareció y desapareció bajo la superficie varias veces antes de poder articular palabra.

—¡Ayuda! —gritó.

—Qué exagerado eres. Solo es agua.

La cabeza de Jude se hundió. Las manos, sobresaliendo desesperadas del agua, parecían querer asirse al aire.

—¡Eh! —Dave se asomó a la piscina con una creciente alarma—. ¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un calambre o qué?

Boqueando, con los ojos desorbitados, el rostro de Jude volvió a reaparecer.

—¡Soco…! —trató de gritar con la boca llena de agua—. ¡No sé…!

—¡No me jodas!

Dave tiró el vaso a un lado y se quitó las zapatillas de un par de tirones. Se lanzó a la piscina de cabeza, a un lado de donde Jude acababa de desaparecer, y buceó con facilidad hasta él. Consiguió agarrarlo del cuello de la camiseta, a pesar de que no dejaba de agitarse, y tiró con todas sus fuerzas tratando de izar la mole que era el cuerpo de Jude. Este se asió a su pecho con una violenta desesperación y ambos se vieron enredados el uno en el otro, sin lograr alcanzar la cercana superficie. Tras unos interminables segundos, Dave logró zafarse de su agarre, le pasó el brazo alrededor del cuello y, casi estrangulándolo, se impulsó de nuevo hacia arriba.

—¡Deja de luchar! —le gritó cuando sus cabezas emergieron. Intentó nadar hacia la parte menos profunda de la piscina llevándole consigo—. ¡Te tengo! ¡No te vas a ahogar!

Jude braceaba dificultando sus maniobras. No parecía escucharle, ofuscado en tomar grandes bocanadas de aire y dar patadas. Por fin, Dave notó que sus pies se posaban en el fondo y caminó hacia la escalera de obra que se adentraba en la

piscina.

—¡Ya está! ¡Ya tienes pie! ¡Tranquilízate!

Jude dejó de batallar. Tanteó nervioso el fondo con los pies y, cuando estuvo seguro de que no se hundiría, se soltó de Dave con un brusco tirón, apartándose de él a trompicones. Se le quedó mirando con la respiración entrecortada y los labios estremecidos, el miedo desbordaba sus ojos y alteraba su semblante.

—¿Qué coño te ha pasado? —preguntó Dave, peinándose los cabellos hacia atrás con unas manos poco firmes, para apartarlos de sus ojos—. ¿Es que no sabes nadar?

—¡No, no sé! —vociferó.

Se volvió, vehemente, hacia la escalera y comenzó a ascender por ella a gatas.

—¿No sabes? —Dave no daba crédito a lo que escuchaba—. ¿Y por qué tienes una piscina?

Jude, que había alcanzado el último escalón, se puso en pie y, abriendo de forma exagerada los brazos, exclamó:

—¡Porque todo el mundo tiene una!

Atónito, Dave le vio desaparecer dentro de la casa pisando con fuerza y dejando tras de sí un reguero de agua.

Se dirigió hacia la escalera, y fue en ese momento cuando se percató del temblor de sus miembros y del violento pulso que le latía desordenado en las sienes. Había tenido suerte de no terminar ahogándose por salvar a aquel imbécil. Los dos habían tenido mucha suerte.

Subió despacio la escalera, la camisa y los pantalones tan pegados al cuerpo que resultaba incómodo. Vio sus zapatillas y las recogió. Al incorporarse, advirtió que Jude había regresado y se hallaba detenido a unos metros. Los mojados cabellos le caían sobre la frente, tapando en parte sus ojos, lo que le daba un extraño aspecto apocado.

—Junto al baño está la habitación de invitados —dijo en un tono de voz sin inflexiones—. Allí hay ropa que puede servirte, si quieres cambiarte.

Y antes de poder dar su opinión, Jude regresó a la casa. Dave se miró de arriba abajo, soltó un resoplido y se dispuso a imitarlo.

Encontró el baño con facilidad, en el pasillo que recorría de lado a lado la fachada opuesta de la casa, y a continuación el cuarto de invitados. Al igual que el salón, estaba amueblada con el estilo prestado de alguna revista cara de decoración. En un armario encontró prendas de hombre y de mujer de varias tallas, aún con las etiquetas, sin el precio, y todas de conocidas marcas. Escogió unos pantalones anchos de algodón blanco y una camisa de cuello cubano que, por el estampado, parecía un cuadro de Jackson Pollock, y aunque los cajones contenían ropa interior, descartó usar algo que no había traído puesto. Le costó quitarse los vaqueros, no tanto la camisa, y dejó ambas prendas tiradas en el suelo de parqué. Se secó con una de las toallas que halló en el pequeño baño de la habitación y se vistió sin prisas.

El espejo le devolvió el reflejo de un tipo pálido, de cabellos encrespados, en cuya mirada aún se podía detectar un rastro de sorpresa y temor.

Llamaron a la puerta con unos golpes que sonaron leves. Recogió la ropa del suelo y se acercó a abrir. Al otro lado se hallaba Jude, vestido con unos pantalones y camiseta semejantes a los que se habían empapado en la piscina. Con el ceño algo fruncido, tendió la mano hacia él y por un momento, pensó que iba a posarla en su pecho.

—Si me das la ropa, la meto en la secadora —dijo.

Dave se la entregó y le observó mientras se alejaba por el pasillo. Se quedó plantado en la puerta, sin saber muy bien qué hacer. A los pocos segundos optó por seguirlo. Llegó hasta la cocina, una estancia larga y estrecha, que resplandecía bajo los focos del techo. Jude se hallaba en la pequeña habitación de la colada, situada en un lateral, parado ante la torre que formaban la secadora y la lavadora, sosteniendo aún la ropa. Se le aproximó y durante un largo minuto, esperó a que reaccionara ante su presencia, pero continuó con la vista fija en los electrodomésticos.

—¿Qué te pasa?

Jude parpadeó, como si acabara de darse cuenta de dónde estaba.

—No sé cuál es la secadora.

Dave miró primero la torre y luego al actor.

—¿No sabes distinguirla?

—No.

—¿Es que nunca has usado la secadora o la lavadora?

Jude tomó aire y lo soltó, como si aquella conversación le supusiera un gran esfuerzo.

—Tengo asistenta.

—¿Y antes de tenerla?

—Iba a una lavandería. Allí estos chismes están etiquetados.

Dave sacudió la cabeza, aquel tipo no dejaba de sorprenderle. Le quitó las prendas de las manos y las metió en la secadora, que ocupaba la parte superior de la torre. Manipuló los mandos y el electrodoméstico se puso en funcionamiento.

—Tardará un rato. —Se dirigió hacia la puerta de la cocina—. Me pongo las zapatillas y me largo. Mañana en el rodaje me la puedes dar.

—Espera.

Se volvió hacia Jude con desgana. Este estaba detenido junto a la isla. Cabizbajo, se frotaba las manos a la altura del estómago, como si quisiera borrar algo de ellas.

—Gracias —dijo, y añadió de inmediato—: No por eso. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro hacia la habitación de la colada—. Por ayudarme en la piscina.

Dave lo observó con detenimiento. Había algo diferente en aquel hombre, y no se trataba de sus cabellos mojados cubriéndole la frente, que siempre lucía despejada, ni que hubiera abandonada su habitual pose altiva y severa o pronunciado la palabra «gracias», la cual dudaba que utilizara a menudo.

Torció el gesto, asaltado por unos repentinos remordimientos.

—Te he empujado yo —afirmó—, y eso ha sido temerario y desconsiderado. Siento haberte puesto en peligro. Discúlpame.

Jude levantó la vista con los labios apretados y una extraña fragilidad en su semblante que hizo sentir a Dave perplejo. Aquel hombre, con su casi metro ochenta, parecía haber empequeñecido ante sus ojos. Su seguridad, la confianza en sí mismo que exhibía en todo momento como un pavo real su cola, se había esfumado, y con ella sus gestos desabridos, sus expresiones despectivas, su tono impertinente. Era Jude Morrow y a la vez, de alguna manera, no lo era.

—El otro día… —Jude se apartó los cabellos de la frente con un gesto fatigado—. Fui un borde. Quería conseguir que te pusieras en evidencia ante el equipo de rodaje. Me servía cualquier comentario que te hubiera hecho reaccionar. Te pido perdón, por cómo te traté y las cosas que dije.

—De acuerdo —asintió, dubitativo—. Supongo que estamos en paz.

Miró hacia el salón, hacia la puerta de la calle y de nuevo a Jude. Seguir allí no tenía sentido. El actor se había disculpado, al día siguiente se rodaría la maldita escena y, además, sus ganas de revancha se habían quedado flotando en la piscina. No existía ningún incentivo para permanecer en aquella casa, en compañía de Jude Morrow, aunque el hombre que tenía delante poco le recordaba ya a la estrella de *Los años de nuestra vida*.

—¿Tienes hambre? —le preguntó de forma impulsiva.

Jude respondió con un encogimiento de hombros.

—Yo sí. —Señaló con la cabeza la nevera de dos puertas situada junto al fregadero—. ¿Habrá algo comestible ahí dentro? —Se dirigió al frigorífico y lo abrió de par en par—. Se me da bien hacer sándwiches. Y por lo que hay aquí, podría hacerlo de cualquier cosa. ¿Tienes alguna preferencia? —Dejó sobre la encimera de la isla una bolsa de pan—. Siéntate —le indicó dirigiéndole una sonrisa socarrona—. Estás en tu casa.

Jude se sentó obediente en una de las banquetas y le observó sacar de la nevera carnes, verduras, salsas, y distribuirlas sin orden por la encimera. Dave registró los muebles hasta hallar la cubertería, platos y una tabla de madera, y sin levantar ni una sola vez la vista de lo que hacía, comenzó a cortar, untar y apilar ingredientes, unos sobre otros, formando una extraña composición de formas y colores entre dos rebanadas de pan. Una vez completó su obra culinaria, empujó uno de los platos hacia Jude y se quedó con el otro. Agarró el sándwich con ambas manos y le dio una buena dentellada, dejando escapar un murmullo de satisfacción. Jude examinó su emparedado por un lado y por otro, hizo girar el plato y volvió a examinarlo.

—No seas tiquismiquis —le dijo. Cogió de la nevera una lata de refresco y una cerveza—. Está bueno.

Le alargó la cerveza a Jude, que la desenroscó con prisa y de un par de buenos tragos, se bebió algo menos de la mitad.

—¿Cómo es que no sabes nadar? —le preguntó a bocajarro.

Jude bebió de nuevo, mirándole de soslayo, y respondió renuente:

—No he tenido tiempo de aprender.

—¿No has tenido tiempo de contratar a alguien que te enseñe a nadar en tu propia piscina?

Jude apoyó el codo en la encimera, cerró los párpados y se frotó la frente con gesto contenido.

—No me gustan las masas de agua.

—Eso tiene más sentido. —Mordió de nuevo su sándwich y masticó despacio—. Pero no saber nadar es algo que no le pega a Jude Morrow.

—Pues ya ves —gruñó—. No soy un tipo perfecto como tú.

Agarró el emparedado y, con cierta dificultad para que no se le fueran desprendiendo los ingredientes, le dio un mordisco.

—Me alegra que no lo seas —comentó, atento a cómo, a medida que degustaba Jude el emparedado, su expresión pasaba de la sorpresa al deleite—. Prefiero a las personas imperfectas como yo.

Le sonrió, y Jude apartó de inmediato la vista con cierta confusión.

—¿Qué lleva el sándwich? —preguntó.

—Me observabas mientras lo hacía. ¿No te has dado cuenta de lo que le he puesto?

—Pensaba en otra cosa.

—¿En qué?

Jude se quedó un momento con la boca a medio abrir y el emparedado a unos centímetros de sus labios. El rostro se le tensó y unas manchas rojas le cubrieron las mejillas y se extendieron hasta el nacimiento de las orejas. Se dio la vuelta en la banqueta dándole la espalda, como si le hubieran entrado unas irrefrenables ganas de contemplar el paisaje a través del ventanal.

Aquel sonrojo descolocó a Dave, y no solo por lo insólito que le resultaba verlo

aparecer en el rostro del actor. Sosteniendo el sándwich en una mano y la lata de refresco en la otra, le dio la vuelta a la isla y se sentó junto a Jude. Este seguía comiendo, con la espalda un poco inclinada hacia delante y sus hermosos ojos verdes tratando de evitarle. Su pose descuidada resultaba más bien insegura, incluso tímida, nada que ver con la imagen que se había formado del actor, lo que le hizo reflexionar sobre la posibilidad de que Jude Morrow solo fuera un elaborado personaje construido por aquel hombre con la intención de parapetarse tras él, algo que no le resultaba del todo ajeno.

—A mí no me gusta viajar en avión —comentó, de improviso.

Jude se le quedó mirando; por su expresión, valoraba lo acertado o no de iniciar una conversación sobre el tema.

—¿Te da miedo volar?

—No, solo no me gustan los aviones.

—Eso es que te da miedo —sentenció Jude, y una mueca ladina acudió a sus labios.

—No necesariamente. A ti no te gusta el agua y no he dado por hecho que te de miedo.

Jude se tensó. Por un momento, Dave tuvo la impresión de que se levantaría y se iría mascullando algún comentario airado, sin embargo, se limitó a morder lo que le quedaba de sándwich.

—Quizás sí que le tengo miedo —musitó, entre bocado y bocado.

Dave no supo interpretar si quería que le preguntara sobre ello o no, así que permaneció callado, mirando a través del ventanal mientras se terminaba el emparedado.

—Me ocurrió algo cuando era crío —comentó Jude al cabo de un rato, los ojos clavados en algún punto de la lejana ciudad—. Tenía cinco años. Mi padre dijo que me enseñaría a nadar y me llevó a casa de un amigo suyo. Me colocó uno de esos flotadores con cabeza de animal y me metió en la piscina. Llegaron otros amigos y fueron al interior de la casa a ver un partido. Cuando lo intenté no pude salir del agua. No había escalerilla y el nivel del agua era bajo. No era capaz de alcanzar el borde para poder auparme. Grité, pataleé, lloré… No me oían. Por el partido o porque ya estaban todos borrachos.

Se quedó en silencio. Le costaba hablar, casi respirar. Dave no le insistió para que continuara. Sin poder evitarlo, pensó en sus padres. Su madre funcionaria de Correos, su padre fontanero. Ambos siempre trabajando, atareados, de un lado para otro, atrapados en un continuado y eterno esfuerzo para pagar la hipoteca, el colegio, el médico, las facturas que no dejaban de crecer, y aun así jamás, nunca, dejaron ni un solo momento de atender a sus cuatro hijos, de cuidarlos, de protegerlos, de amarlos. Con progenitores así, le era difícil imaginar a uno que metiera a su hijo de cinco años en una piscina y se olvidara de él.

Alcanzó la botella de cerveza y se la tendió a Jude. Este la agarró sin mirarle y se bebió todo su contenido.

—Una vecina que llegó del trabajo me escuchó llorar. —Se limpió la boca con el dorso de la mano, con innecesaria fuerza—. Para cuando me sacaron, llevaba casi cuatro horas en la piscina. La policía tuvo que saltar la valla porque mi padre y sus amigos se habían ido a comprar más bebidas.

Dave abrió su lata de refresco, el sonido resultó un poco estridente y perturbó el silencio que había caído sobre ambos.

—Supongo que ahora es cuando debería decir algo reconfortante —Bebió sin prisas, relajado—. Pero solo se me ocurre decirte que tu padre era un cabrón que se merecía que le patearan el trasero.

Jude dejó escapar una risa corta y cansada.

—Es lo que tienen los alcohólicos.

Dave se giró en la banqueta para poder quedar frente al actor. Sosteniendo la lata entre las manos, comenzó a darle vueltas, despacio, mirándola con detenimiento.

—Una vez, en el último curso de instituto… —Calló un instante, preguntándose por qué iba a contar aquello—. En una fiesta en la casa de unos conocidos, agarré una buena cogorza, de esas que te dejan a un par de copas de un coma etílico. Un buen amigo también bebió lo suyo. Los dos nos subimos al tejado a hacer el idiota. Él decidió tirarse a la piscina.

—¿También tuviste que rescatarlo? —preguntó un tanto irónico.

Dave sacudió la cabeza.

—No. La piscina estaba vacía.

Jude enderezó la espalda y le miró consternado.

—¿Murió?

—Casi. Estuvo en coma más de un mes y nunca volvió a ser el mismo. Al menos sigue vivo.

—Por eso eres abstemio, por lo sucedido a tu amigo.

—En realidad no me afectó. Soy abstemio por lo que podría haberme sucedido a mí, de habérseme ocurrido lo de la piscina primero. Me prometí a mí mismo que las decisiones que tomara nunca estarían nubladas por el alcohol.

—¿No te afectó?

—No demasiado. —Al ver su desconcierto, añadió—: ¿Te extraña?

—Tal vez a mí me pegue saber nadar, pero a Dave Norris no le pega ser insensible.

Dave esbozó una sesgada sonrisa. Se inclinó un poco hacia delante y dijo con aire confidencial:

—Quizás sea porque los dos actuamos delante y detrás de las cámaras. Tú finges ser un tipo seguro de ti mismo y yo el chico bueno de Hollywood.

—¡Yo no finjo! —se apresuró a desmentir, adoptando un aire desdeñoso.

—Quizás. —Dave apoyó el codo en la encimera y, despacio, el rostro en la mano—. Yo, en cambio, no soy un buen chico. —Una leve sonrisa acunaba sus labios y en sus ojos avellana se podía apreciar un rastro de malicia—. Me gusta que la gente lo crea, por eso en los rodajes siempre me muestro paciente, colaborador, tolerante, nunca inicio una discusión ni permito que me arrastren a una, aunque en el fondo esté deseando gritarle a la gente lo que opino de ellos. No soporto a los fans. Firmarles autógrafos, reírles las gracias, fingir que me importa lo que me dicen, un asco. Odio a los periodistas, sus repetitivas y aburridas entrevistas, las estúpidas preguntas que hay que responder para que te consideren un tipo interesante y ocurrente. Y si he salido del armario, no ha sido para apoyar a los que aún están dentro, sino porque detesto tener secretos que otros puedan utilizar para manipularme.

Jude se le quedó mirando, con una expresión concentrada que le hacía arrugar el ceño.

—¿Por qué me lo cuentas?

—El motivo por el cual no te gusta el agua es algo que pocos saben, ¿verdad? —preguntó a su vez—. No sé por qué lo has compartido conmigo. Quizás todavía te dura el susto y estás algo aturdido. Seguro que ya te estás arrepintiendo de la confidencia. —Alargó la mano, gesto que Jude siguió con los ojos muy abiertos, y con la punta del dedo índice le apartó de la frente un mechón de cabellos—. Da igual. Te lo he contado porque pienso que es justo que yo te revele algo de mí que casi nadie sabe. —Adelantó un poco el rostro y susurró—: Y también, porque estoy tentado de comportarme ahora mismo como un chico malo.

Advirtió que un leve rubor acudía de nuevo al rostro de Jude y, con un agradable cosquilleo de anticipación en los labios, se inclinó un poco más hacia él.

—¿De verdad quieres saber en qué pensaba? —preguntó Jude, con un tono bajo y algo ronco.

Dave detuvo su acercamiento.

—¿Cómo?

—Lo qué pensaba mientras hacías el sándwich.

Dave, hundiéndose por momentos en los verdes ojos que le observaban con una intensidad a cada segundo más cautivadora, respondió:

—Sí…

—Pensaba si tu boca sería tan apetitosa como parece —musitó, y sus palabras rozaron los labios de Dave.

Aquella confesión le dejó perplejo, por eso no fue capaz de responder al apasionado beso que se hizo dueño de sus labios, ni a las manos que, ávidas, tomaron su cabeza, ni a los dedos que se enredaron entre sus cabellos. Jude se convirtió en su amo y señor y él, durante unos deliciosos segundos, se lo permitió. Aturdido, buscó adónde asirse, adónde anclarse para poder también poseer y subyugar, y sus manos se apresaron de las caderas de Jude y tiraron de ellas para conseguir que bajara de la banqueta, para atraer su cuerpo y fundirse con él.

Jude gimió de forma entrecortada al sentir la entrepierna de Dave frotarse contra la suya, la dureza de su pene que, atrapado bajo los pantalones, le incitaba, le retaba a responderle. Tirando de sus cabellos, le obligó a echar la cabeza hacia

atrás, y descendió por su cuello, besando la carne caliente y tierna que se le ofrecía. Su lengua alcanzó la nuez de Adán, que lamió con fruición, y siguió la línea tensa del cuello hasta la pequeña oquedad entre las clavículas. La punta de aquella lengua, lasciva y hábil, arrancó un gruñido de placer a Dave. Este rodeó los hombros de Jude por debajo de las axilas con los brazos y así, prisionero, le hizo girar, empujándolo contra la isla. Le sujetó la nuca con ambas manos y le retuvo para poder mirarse en sus ojos, oscuros y vidriosos, tan hambrientos que le provocaron un latigazo de placer que ardió en su vientre. Inmóviles, respirando uno en la boca del otro, se contemplaron con los latidos de sus corazones percutiendo contra sus pechos y la sangre ardiendo bajo la piel. Dave apretó de nuevo su pelvis contra la de Jude, con dolorosa pujanza; los penes de ambos tumefactos y dispuestos, apenas ocultos bajo los pantalones.

—Si no me paras ahora… —masculló Dave.

Jude dejó escapar un jadeo gutural, bajó las manos y le apretó las macizas nalgas, atrayéndolo aún más. Dave le besó con urgencia. Codicioso se adentró en su boca y jugó con su lengua. Jude le tomó el rostro entre las manos y le devolvió unos besos húmedos e impacientes. Agarró el cuello de la camisa y la abrió de golpe haciendo saltar los botones, dejando al descubierto los hombros y el pecho lampiño de Dave. Le mordió en la base del cuello y en los hombros, y Dave se estremeció de pies a cabeza.

«No puedo más», pensó.

—No puedo más —repitió en voz alta.

Con gestos rápidos soltó el cordón que sostenía los pantalones de Jude, que cayeron limpiamente al suelo. Le puso la mano en el pecho y lo separó un poco para poder contemplar su pene, delgado, largo, y circuncidado. Al mismo tiempo, Jude le bajó también los pantalones y sin detener el gesto, le agarró los testículos.

—¡Eh! —Dave dio un respingo al sentir aquel apretón un tanto brusco—. Trátalos como si fueran los tuyos.

Sus dedos bajaron por el vientre de Jude, perfilando el delicado trazo de pelo que nacía en su ombligo, mientras los ojos de este, febriles, vigilaban su gesto. Rozó el ensortijado vello del pubis y bajó hasta los testículos. Los sostuvo un instante en la palma de la mano y después acarició la aterciopelada piel con los dedos.

—Así, ¿ves? —susurró, malicioso.

Jude quiso besarlo; le esquivó y, flexionando las rodillas, se quedó agachado entre

sus piernas, con el rostro a la altura de su miembro. Se agarró a las caderas de Jude y, alzando la mirada para encontrar sus ojos, abrió la boca y acercó la lengua al extremo del pene, en cuyo oscuro glande brillaba una perla de semen. Antes incluso de que se diera el contacto, un temblor sacudió los miembros de Jude. Exhalando con fuerza, se recostó en el borde de la encimera, apoyando los antebrazos en ella, y adelantó la pelvis en silenciosa demanda. Dave, con los ojos clavados en el rostro sudoroso y encarnado del actor, lamió el glande y con la punta de la lengua, retiró la gota de semen. Jude gruñó, empujó de nuevo con las caderas y protestó con un nuevo gruñido cuando no fue capaz de alcanzar con el pene la cercana boca. Dave le posó la mano en el vientre y retuvo sus movimientos. Con la lengua recorrió de abajo arriba el tenso miembro una y otra vez, dejando un rastro de saliva, mientras su mano libre masajeaba los testículos. Sin permitir que Jude marcara el ritmo, agarró el pene por su base y se lo metió en la boca.

Las rodillas de Jude se doblaron, y hubiera caído al suelo de no tener los codos anclados a la encimera. Con los labios entreabiertos y la respiración contenida, contempló cómo la cabeza de Dave subía y bajaba, al ritmo de los latidos de placer que aquella boca jugosa y despiadada le proporcionaba. Advirtió que Dave se agarraba su propio pene y comenzaba a masturbarse. Verle arrodillado ante él, dándose placer a sí mismo sin dejar de someter su miembro, le provocó una violenta sacudida de excitación que le dejó al borde del orgasmo.

—Ven. Por favor, ven —le suplicó, sujetando con las manos su rostro e instándole a levantarse.

Se inclinó sobre él mientras se erguía, y le besó, ávido, notando en sus labios, en su lengua, en su saliva, el sabor acre de su propio pene. Dave le masturbaba con fuerza y él, aferrándole el miembro, comenzó a imitar sus movimientos, al principio torpemente, al instante con decisión. Pegado el uno al otro, besándose con impaciencia y desorden, acompasando la rudeza de sus manos al golpeteo febril de sus caderas, liberando los suspiros y los jadeos atrapados en las gargantas, se derramaron casi al mismo tiempo. Jude, que mantenía a Dave sujeto por la cintura, percibió la tensión en su cuerpo, el temblor violento, y al instante entre sus dedos, el latido de la carne y de la sangre anunciando el orgasmo. Notó cómo el semen, caliente y viscoso, de Dave se derramaba por su mano y en ese segundo, la tensión que mantenía su excitación en equilibrio se desató en su vientre, y se vio sacudido por su propio orgasmo.

Ambos, temblorosos, permanecieron unos instantes sosteniéndose el uno al otro, mirándose de hito en hito con intensidad.

—No es tu primera vez con un tío —afirmó Dave, a media voz.

—Sí que lo es —replicó en el mismo tono contenido; la expresión sofocada e incómoda, la mirada nerviosa.

—No lo parece.

—Solo me he acostado con mujeres, con muchas.

—Da igual que sean muchas. No es lo mismo.

La sorpresa acudió al rostro de Jude.

—No, no es lo mismo —musitó despacio, como si acabará de entender el significado de aquellas palabras.

—¿Eres gay?

«Si lo eres, aclararía muchas cosas», pensó.

Jude se apartó de él. No lo hizo de forma brusca, pero sí decidida. Se subió con maneras destempladas los pantalones y se alejó. Dave cerró un momento los ojos y apretó los dientes para no soltar un reniego.

«Bocazas», se recriminó.

Podía haber esperado un poco más para hacerle esa pregunta, al menos hasta que hubieran echado un polvo.

Vistió la camisa, a la que solo le quedaba un par de botones y, con una mueca contrariada, se contempló el pene, pegajoso y en proceso de desfallecer. Iba a subirse los pantalones cuando Jude se le acercó y, rehuyendo sus ojos, le tendió una toalla pequeña.

—Si necesitas otra, hay en el cuarto de la colada.

Dave se limpió, vigilándolo de soslayo. Le vio abrir un armario y sacar una botella de vodka y, tras unos segundos, devolverla al estante. Abrió la nevera y se hizo con una cerveza. Bebiendo de ella, salió de la cocina.

Dave terminó de limpiarse. Se subió los pantalones y dejó la toalla en una cesta de mimbre que encontró en el cuarto de la colada. Tenía una somera idea de lo que tocaba a continuación, algo a lo que había llegado a bautizar como el «momento de las lamentaciones». Por suerte no le había tocado presenciarlo demasiadas veces, aunque sí las suficientes como para detestarlo. Recordaba la primera vez. Al tipo se

lo había ligado en un bar de ambiente. Tras unas copas y algo de manoseo, terminaron en la habitación de un hotel follando como posesos hasta caer rendidos de madrugada. Le despertaron los lloriqueos del tipo que, sentado en la ducha, juraba por su alma no volver a pecar, mientras besaba un crucifijo que llevaba al cuello.

Cogió la lata de refresco y bebió de ella apoyado en la isla.

Sospechaba que Jude se hallaba en pleno «momento de las lamentaciones», contrito y avergonzado, acumulando rabia contra él por haberle arrastrado al lado oscuro, enterrando la que había sido una entusiasta predisposición al sexo gay bajo capas y capas de reafirmación heterosexual.

Malhumorado, se dispuso a prepararse un sándwich, correrse siempre le daba hambre.

Las otras veces, le había traído sin cuidado terminar siendo el villano sátiro de la historia; que cada cual se las viera a su manera con su conciencia y su realidad. Sin embargo, en aquella ocasión, tal posibilidad conseguía irritarle tanto que se preguntaba por qué estaba todavía en aquella casa.

Plantando la rebanada de pan sobre los ingredientes con un golpe seco, terminó el emparedado. Le propinó un mordisco y salió de la cocina. Jude no estaba en el salón y tampoco en la terraza. Caminó por el pasillo y llegó hasta una habitación, cuya puerta se hallaba entreabierta. Por la abertura se escapaba una luz tenue y cálida. Se asomó y lo vio de pie junto a la cama que presidía el dormitorio, mirando a través del ventanal. Como había imaginado, lamentándose.

Le entraron ganas de soltarle alguna pulla, de criticar su infantil comportamiento, de decirle cualquier cosa que le molestara, algo como: «ahora entiendo por qué no querías que te besara en el rodaje». En cambio, se quedó callado, contemplando su hermoso perfil, que la tensión en la mandíbula dotaba de un aire reflexivo, sintiendo una inesperada conmiseración hacía él.

—¿Por qué te hiciste actor? —inquirió Jude, sin apartar los ojos de la noche.

La pregunta tomó por sorpresa a Dave y no solo por lo repentina. Había esperado que las primeras palabras que le dirigiera después de la escenita de la cocina fueran una queja, un reproche, incluso algún que otro insultó o un plañidero discurso de arrepentimiento. Que le pareciera oportuno hablar sobre su carrera, le dejaba por completo desarmado.

Se aproximó a la cama mordisqueando el sándwich, tiempo que aprovechó para

decidir si responderle o no y, de hacerlo, si le soltaba la mentira de turno que a todo el mundo le agradaba escuchar o era sincero con él.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, como si fuera a meditar, y apoyó los codos en los muslos.

—Por dinero.

Jude se le quedó mirando en silencio, sin que su expresión cambiara, a la espera de que continuara hablando.

Consideró que no tenía por qué darle más explicaciones, que con su parca respuesta resolvía su duda de forma educada y se guardaba sus íntimos pensamientos para quien se mereciera escucharlos. No tenía por qué dárselas, nada ni nadie le obligaba y, sin embargo, deseaba hacerlo.

—El trabajo de actor se paga bien si eres bueno. —Movió una mano abarcando el dormitorio—. Eso ya lo sabes. Mi objetivo es actuar hasta que gane lo suficiente como para retirarme y vivir lo que me quede sin preocupaciones y sin trabajar.

—¿No te gusta actuar? —se sorprendió Jude.

Dave se encogió de hombros.

—No especialmente.

—¿Y cómo puedes ser tan buen actor si no te gusta?

El espontáneo halago le hizo esbozar una corta sonrisa de satisfacción.

—No he dicho que no me guste. Me da un poco igual actuar o hacer cualquier otra cosa. No tengo vocación. Si por trabajar en una oficina me dieran el mismo dinero, lo haría.

Sus palabras suscitaron una expresión de inquietud en el rostro de Jude que, aun sin saber interpretar, le hizo sentir cierto remordimiento.

—No digo que no haya disfrutado los años que llevo actuando, ni que no le esté agradecido a la interpretación. Además de darme amigos y buenos momentos, me ha permitido pagarles a mis hermanas y hermanos sus carreras universitarias, y a mis padres quitarles de trabajar y comprarles la granja de sus sueños. Pero cuando decida dejarlo, no lo echaré de menos.

—¿Y entonces qué harás? —preguntó.

A Dave le pareció notar en su voz un matiz de angustia. Su semblante continuaba tenso y sus ojos mostraban una mezcolanza de inquietud y confusión.

—¿Qué te preocupa? —preguntó a su vez.

Jude le dio la espalda; las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, como si sus pensamientos le abrumaran.

—Nada.

En silencio, se terminó el sándwich. Aquella conversación no tenía nada que ver con lo que había imaginado que sería el «momento de las lamentaciones» de Jude. Sin duda, algo inquietaba a aquel hombre, aunque no parecía ser su reciente experiencia gay.

—¿Por qué te hiciste tú actor?

Jude respiró hondo y dejó escapar el aire con pesadez, como si una parte de él también estuviera abandonando su cuerpo.

—Para dejar de ser quien era. Para convertirme en otra persona.

Dave arrugó el ceño. Sabía a qué se estaba refiriendo, lo tentador que resultaba, cuando se era actor, mudar de personalidad, y también, lo peligroso que podía llegar a ser.

—¿Y quién eras?

—Przemek Piszcze. —Jude le miró de reojo—. Te doy un millón de dólares si consigues pronunciarlo correctamente.

Dave rio por lo bajo y le sonrió, animándole con su silencio a continuar.

—No me gustaba ser Przemek Piszcze. —Se pasó la mano por los cabellos, una vez y otra más, como si quisiera ganar tiempo—. Un crio mediocre. Siempre solo, siempre triste. No le importaba a nadie. No era nadie, y eso puede llegar a doler tanto… —Apoyó los antebrazos en el cristal y la frente en las manos—. Veía las series de televisión y soñaba con ser alguno de aquellos chicos carismáticos y divertidos, con buenos padres y hermanos, con guapas novias, con amigos leales, que salían siempre airosos de cualquier problema, que caían bien a todo el mundo. Pero no sabía cómo. Przemek Piszcze no sabía cómo caerle bien a la gente.

—Y Jude Morrow sí —intervino Dave.

Jude cerró los párpados y una triste sonrisa asomó a sus labios.

—Él tampoco. Le bastó actuar como un tipo seguro de sí mismo, un borde al que no le importaba humillar a otros, un prepotente, el némesis del protagonista juvenil en todas las series de televisión, para que el resto del mundo se fijara en él. Con desprecio, incluso con odio, pero al menos se dieron cuenta de que existía. Su interpretación resultó creíble, porque era bueno actuando, muy bueno. Y las cosas comenzaron a cambiar, y la gente empezó a tenerle en cuenta y un día se hizo famoso y no hubo marcha atrás. Ya no supo cómo volver a ser Przemek Piszcze.

—Te comprendo…

—No. —Sacudió la cabeza sin llegar a abrir los ojos—. Crees que puedes comprenderme. Tú eres quien eres, siempre, solo en ocasiones no le muestras a los demás lo que opinas de ellos, tu mal humor o que no eres tan generoso, simpático y divertido como el resto espera que seas. Yo soy un personaje, y llevo tanto tiempo siéndolo, que a veces no sé si en realidad finjo o soy realmente él. —Se enderezó, abrió los ojos y fijó la vista en el infinito—. Solo sé que sin Jude Morrow no tengo nada. Si pierdo el papel de Christopher Cumson, no tendré nada.

Dave desdobló las piernas y se sentó en el borde de la cama. Sabiendo aquello, no le era difícil entender el miedo ridículo que Jude tenía de que, interpretar a un homosexual, podía dañar su personaje y con ello su carrera. Que fuera verdad o no, era lo de menos. En realidad, Jude temía que cualquier cosa pudiera malograr su carrera. No por el batacazo económico que podría suponer, tampoco por la pérdida de la fama o la incertidumbre que le sobrevendría sobre el futuro. Le asustaba dejar de ser Jude Morrow, el actor, y tener que preguntarse quién era en verdad.

Le vio cerrar y abrir las manos con gestos mecánicos, como si necesitara hacer correr la sangre por sus dedos, y sintió el deseo de tomar una de aquellas manos, de estrecharla con fuerza entre las suyas.

—No vas a perder el papel —dijo—. Y aunque así fuera, hay otros, existe vida más allá de ese culebrón.

Una mueca sesgada torció los labios de Jude.

—La mujer que te encontraste antes, Trinidad, tiene tendencia a meter las narices donde no la llama, y acostumbra a decir que lo peor que le ha pasado a mi carrera es ese culebrón… Y tiene razón.

—¿Por qué?

—Debí abandonar la serie hace años. Pude hacerlo, me ofrecieron un excelente papel en una película, y de haber ido bien, me habría abierto otras muchas puertas. Pude dejarla, pero tenía tanto miedo a arriesgar. ¿Y si me equivocaba y perdía todo lo que había conseguido? No supe reunir el valor suficiente para abandonar la seguridad que la serie me daba, porque en el fondo soy un cobarde. Dejé pasar la oportunidad y mírame ahora, encasillado en un personaje ridículo, que cada vez es más difícil hacer creíble. Estancado. Sin ilusión. Sin futuro.

Dave bajó la vista. ¿Qué podía decirle? ¿Que todo saldría bien? No suponía ningún esfuerzo contar una mentira así, darle un par de palmaditas en la espalda y asegurarle que su carrera no estaba acabada, que en aquella serie o cualquier otra, aún le quedaban muchos años de éxito por delante, si después pretendía marcharse sin más, si nunca le había gustado cargar con los problemas o las preocupaciones de otros, si no quería empezar en ese momento. Sin embargo, todo se complicaba cuando irse no era una posibilidad porque quedarse era lo que verdaderamente deseaba.

Se levantó con un gruñido. Dando un par de pasos llegó hasta Jude y, enfrentándolo, apoyó la espalda en el ventanal. El actor le miró de soslayo con unos ojos ensombrecidos, sin decir nada.

—¿Cómo era? ¿Zemeck Pishta? ¿Piste? —Dio un resoplido—. No, no voy a ganarme ese millón de dólares.

La mirada de Jude se dulcificó.

—Es verdad que hay cosas que no puedo comprender de tu vida —continuó Dave —. Siempre es difícil meterse en la piel del otro. Aunque algunos de tus miedos no me son ajenos. No encajar. No ser aceptado. Lo que pueda depararme el futuro. La soledad. El problema es que no hay fórmulas mágicas para alejar esos miedos, y si existen, yo no las conozco.

—No te he pedido consejo —dijo, apartando la vista.

—No, y aun así me gustaría poder dártelo. Contéstame a una pregunta. ¿Eres feliz fingiendo ser Jude Morrow?

—Soy Jude Morrow —replicó—. Debo serlo.

—No, no tienes por qué serlo. El tipo con el que estoy hablando, al que he sacado

hace un rato de la piscina, que es algo tímido y da unos besos increíbles, no es Morrow. —Cayó un momento, para contemplar complacido cómo el rostro del actor enrojecía y su mirada se tornaba huidiza—. Y supongo que tampoco eres ya el chico del nombre intrincado. Da igual, seas quien seas, tienes derecho a ser feliz. Al menos a intentarlo.

—¿Y cómo sugieres que haga eso? —inquirió arrugando el ceño, eludiendo sus ojos.

—Podrías empezar follándome.

Al escuchar aquello, Jude volvió rápidamente el rostro hacia él, con el semblante aún más enrojecido y un destello en los ojos que Dave no supo si interpretar como miedo o expectación.

—Lo siento —se disculpó con un leve encogimiento de hombros. Inclinó un poco la cabeza a un lado y sus labios dibujaron una sugerente sonrisa—. Soy un tipo superficial, es uno de mis múltiples defectos, y no puedo dejar de pensar en lo mucho que me ha hecho disfrutar tu boca, y tus manos, y tu…

—Para —le interrumpió, sin demasiada convicción.

—Dime que no te ha gustado lo que hemos hecho. Dime que no deseas repetir, y pararé.

—Yo no soy… —musitó.

—Jude Morrow no es gay, lo sé, pero él se ha quedado en el fondo de la piscina.

Dave levantó su mano derecha y, despacio, la acercó al rostro de Jude. Este la agarró antes de que sus dedos le rozaran la piel, sin violencia, aunque con firmeza. Se contemplaron en silencio durante unos segundos, al cabo de los cuales, Jude le empujó la mano hacia abajo sin llegar a soltarla del todo.

—En el instituto, me gustaba una chica —dijo en un tono cansado—. Me gustaba mucho. Cuando conocí a su hermano, también me gustó, y no creí que aquello fuera extraño. No me refiero al hecho de que pudieran gustarme dos personas a la vez, sino que una de ellas fuera un chico. Viví ese amor adolescente durante un tiempo, hasta el día en que me di cuenta de que en las series que veía en televisión, nunca salían chicos enamorados de otros chicos. Entonces supe que, para el mundo, lo que yo sentía no era normal, ni bueno, y me hacía diferente del resto, más de lo que ya era. Cuando me deshice de Przemek Piszcze…

—Dejaste que esa parte de ti se fuera con él —concluyó Dave.

Sintió que los dedos de Jude se asían con fuerza a los suyos.

—Sí —De forma casi imperceptible, acortó el escaso espacio que existía entre ambos—. O al menos eso creía.

Jude apoyó el antebrazo en el ventanal, a un lado del rostro de Dave, que sintió que su cercanía le erizaba la piel igual que una corriente eléctrica, y se inclinó sobre su oído derecho sin soltarle la mano.

—No me compré esta casa por las vistas —susurró, dejando que, a cada palabra, sus labios rozaran el lóbulo de la oreja—. Lo hice porque todas las ventanas dan al barranco y desde ahí nadie puede asomarse al interior.

—Nadie puede asomarse a tu interior.

Jude liberó su mano y apoyando también el antebrazo izquierdo en el ventanal, cercó a Dave con sus brazos y su cuerpo.

—Tú lo has hecho —musitó, refugiando su rostro en la delicada curva que creaba el cuello de Dave.

—Porque me has abierto la puerta.

—Sí. Y eso me da aún más miedo.

Dave se estremeció. Trató de contener sus manos. Estas actuaron sin su consentimiento y rodearon la cintura del actor atrayéndole con urgencia.

Jude jadeó, dejándose hacer, permitiendo los ansiosos besos de Dave subiendo por su cuello, los mordiscos en el lóbulo de su oreja, en su mentón, en sus labios. Casi sin ser consciente de ello, con gestos bruscos y decididos y la mirada nublada por el deseo, se quitó la camiseta y lo mismo hizo con la camisa de Dave. De nuevo abandonándose a los besos de este, le acarició el pecho con unos dedos tensos y codiciosos, que condujo hasta la cinturilla del pantalón. Tirando de ella, deslizó la prenda por las caderas y con la misma premura, se soltó sus propios pantalones. La desnudez de ambos los dejó unos instantes paralizados. Con la frente de uno apoyada en la del otro y sus aceleradas respiraciones rompiendo el silencio, se miraron a los ojos.

—Vuelve a pedírmelo —dijo Jude con voz ronca.

Dave gruñó, adelantando las caderas, asiendo con manos severas las nalgas del actor.

—Fóllame.

Jude respiró en su boca. Caminó de espaldas, guiándolo hacia la cama, mientras le besaba despacio, recreándose en el juego lascivo de su lengua, en la trampa lúbrica que eran sus labios. Se sentó en el borde de la cama, erguido, su rostro a la altura del vientre de Dave, y con la punta de sus dedos, acarició el erecto pene que se le presentaba, más grueso y oscuro que el suyo. Dave se estremeció como una hoja y balanceó la pelvis. Al ver que Jude acercaba la boca al extremo de su miembro, le sujetó por los cabellos, aún húmedos, instándole a levantar el rostro.

—No es necesario.

Jude protestó, dejando escapar un gemido gutural. Dave entrecerró los párpados con lujuria y atrajo su cabeza hasta que sintió que los labios del actor apresaban su tumefacto pene. Suspiró con deleite y comenzó a menear las caderas despacio, en una cadencia sinuosa, entregándose a aquella boca que, plácida, iba ganando experiencia y atrevimiento al tiempo que le devoraba, rendido a la mano hábil que le masturbaba, al placer recorriendo su cuerpo, calentando sus entrañas, enroscándose en su vientre.

Le tiró de los cabellos con un gesto decidido y sujetándose el pene, lo apartó de la boca de Jude.

—¿Tengo que pedírtelo por favor? —inquirió, inclinándose sobre su rostro y lamiendo sus labios enrojecidos, húmedos y calientes. Se dejó caer sobre la cama de espaldas, sin soltarse el pene. Con la otra mano, hizo un gesto indolente hacia Jude —. Por favor.

Dave abrió sus piernas y Jude, arrodillándose ante él, se las levantó permitiendo que las corvas descansaran en sus hombros. Con ambas manos le alzó las caderas y con los dedos le separó las nalgas, para poder hundir la lengua entre ellas. Dave gimió y arqueó la espalda al notar en su ano el roce carnoso de la lengua, aguda, diestra, deliciosa. Moroso, cerró los ojos y comenzó a masturbarse.

El primer dedo le hizo dar un respingo, no porque fuera doloroso, sino por la expectativa de lo que vendría después. Un segundo dedo le tensó los miembros y le inmovilizó un instante. Al reanudar las caricias en su pene, lo hizo con extrema lentitud, tratando de retener el orgasmo que amenazaba con arrollarle. Cuando sintió el tercer dedo invadiéndole, se tragó un reniego y empujó para sentirlo aún más adentro. Cada vez que Jude, con sorprendente destreza, le penetraba y le lamía

a un mismo tiempo, el dolor se hilaba con el placer que en oleadas se irradiaba por su cuerpo, haciéndole gemir. Abrió los párpados y miró hacia la cabeza hundida entre sus piernas.

—Hazlo ya —jadeó.

Jude levantó el rostro lo suficiente para que sus ojos, febriles y codiciosos, se clavaran en los de Dave.

—Fóllame —insistió este.

El actor le retiró las piernas de los hombros para poder levantarse. Se aproximó a la mesa baja que había junto a la cabecera de la cama y abrió una caja de ébano tallada, de cuyo interior sacó un condón. Impaciente, Dave observó los precisos gestos con los que rompió el envoltorio, sopló en el condón y se lo colocó en el glande, desenrollándolo con manos hábiles y firmes. Verle allí, iluminado por la tenue luz de la habitación, sudoroso, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada, sujetándose con fuerza el miembro, le arrancó un ronco jadeo de placer.

Jude se recostó sobre él y le besó con ternura los labios, unos besos largos y profundos que Dave le devolvió abrazado a su cuello. Le acarició los muslos y subió por ellos hasta llegar a las caderas. Dave apoyó las piernas en su torso y levantó la pelvis, ofreciéndose. Guiando su miembro con una mano, Jude lo enterró despacio entre las nalgas de Dave, que retuvo la respiración un instante al sentirse invadido. Sujetándole las piernas contra su torso, se retiró para volver a entrar y, con el siguiente vaivén, profundizar aún más. Una y otra vez repitió los lentos movimientos hasta que estuvo por completo dentro de Dave, y cuando eso ocurrió, se quedó inmóvil unos segundos, los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás, con un jadeo prendido en sus labios. Dave gimió, reclamándole, y respondió reanudando el balanceo de las caderas. Poco a poco, sus movimientos se convirtieron en una sucesión de apasionadas embestidas que sacudían el cuerpo de Dave. Este martilleaba su miembro en un intento desmañado de seguir el frenético ritmo, con la mente concentrada en un solo punto de su cuerpo donde el orgasmo pulsaba como un latido ígneo.

—Me corro… —masculló.

Jude soltó un gruñido. Le separó las piernas y, volcándose sobre él, le penetró con brío. Dave curvó la espalda, abrió la boca en un largo y sordo gemido y un primer chorro de semen brotó con fuerza, salpicándole el pecho. Jude, enardecido, lo penetró solo un par de veces más antes de sentir como el placer le hería el vientre y con virulencia se extendía por sus miembros, estremeciéndole. Apoyó las manos en el colchón para evitar caer sobre Dave. Este le rodeó el cuello con los brazos y le

atrajo para besarlo. Jude lo abrazó a su vez y se besaron despacio, hasta que sus cuerpos dejaron de temblar. Entonces Jude le apartó los brazos y se incorporó con cuidado, para poder salir de él. Dave soltó un leve resuello, no tanto por la molestia que la maniobra le provocó, sino por dejar de sentir aquel pene dentro de él. Al ver a Jude retirándose el preservativo, un vago pensamiento cruzó por su mente: quizás era verdad que solo se había acostado con mujeres, pero no cabía dudas de que sabía bien cómo follarse un trasero.

—Espera —le pidió Jude, y se dirigió al baño.

Dave, exhausto, alzó con pesadez la cabeza para poder examinar su miembro que, aunque hinchado, había perdido su erecta gallardía y descansaba adormecido sobre el vientre salpicado de semen. Se trasladó hasta la cabecera de la cama y apoyó la cabeza en la almohada. El polvo había sido increíble y solo esperaba recuperarse con rapidez para poder saborear de nuevo el placer que Jude era capaz de proporcionarle.

El actor regresó a la habitación llevando en la mano un paño húmedo. Se tumbó de lado a su vera, apoyando la cabeza en la mano, y comenzó a asearle el pecho con suaves movimientos, mientras le contemplaba con una mirada placentera. Dave le miró con cierta sorpresa, que no pasó desapercibida para Jude.

—¿Te disgusta que te limpie? —le preguntó, un tanto azorado.

Dave sintió una punzada de gozo y negó sacudiendo apenas la cabeza.

Jude, más que eliminar el rastro de semen, le acarició siguiendo la curva de sus pectorales. Bajando hasta su vientre, limpió las salpicaduras y, con delicadeza, le frotó el miembro. Dave cerró los párpados, encantado de dejarse atrapar por aquellas deliciosas atenciones.

—Si sigues así, vas a tener que ponerte otro condón —comentó, malicioso—. Ninguno de mis amantes ha tenido nunca esta agradable ocurrencia.

La mano que le acariciaba se detuvo. Dave abrió los ojos y se encontró con los del Jude que le contemplaban con una mezcolanza de preocupación y duda, y en lo más profundo, un destello de temor.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Jude se sentó en la cama, dándole la espalda.

—Nada —respondió.

Aquel «nada», le cayó encima como un jarro de agua fría. Tuvo un mal presentimiento y una inquietud, que se le hizo desagradable, se apoderó de él. Sin saber cómo, acababa de estropear el momento.

Se incorporó también y se sentó con las piernas cruzadas.

—Oye, ¿por qué no salimos a tomar algo? —le propuso, impulsado por una extraña urgencia de arreglar lo que acababa de desbaratarse, aun sin saber qué era exactamente—. Vayamos al Valle. Hay un local allí donde nadie nos reconocerá.

—Mañana trabajamos, tengo que descansar.

—Dormiremos en mi hotel. Está a diez minutos del estudio. Y podemos aprovechar y desayunar juntos en una pequeña cafetería que hay en la esquina. Tienen unos bollos rellenos deliciosos.

Jude volvió a medias el rostro por encima de su hombro. El miedo ya no estaba solo en sus ojos.

—¿Juntos?

Dave lo entendió. Entendió su repentina incomodidad, su miedo, y le asaltó una punzada de resentimiento.

—Jude…

—¿Qué me estás pidiendo?

—¿Qué crees tú que te estoy pidiendo? —inquirió con aspereza—. No tengo por costumbre decirle a la gente cuándo y cómo tienen que salir del armario.

—No hay ningún armario del que salir.

Una mueca asqueada que no supo contener acudió a sus labios.

—¡Oh, claro! Lo había olvidado. Aquí el único maricón soy yo.

Se levantó de la cama con presteza para evitar presenciar su reacción. Con una rabia que no esperaba, fue hasta el montón desordenado que formaba su ropa y la de Jude y agarró la camisa y los pantalones con gesto brusco. Se quedó inmóvil y cerró los ojos, tratando de entender aquella cólera que se había despertado dentro de él. ¿Desde cuándo le enfurecía que le rechazaran?

Apoyó la mano en el ventanal y respiró hondo varias veces. ¿Desde cuándo le alteraba que la gente tomara sus propias decisiones?

Abrió los párpados y miró hacia la resplandeciente ciudad, que de repente se le antojaba triste y anodina, y la rabia fue cediendo, dejando en su lugar un hueco que no sabía con qué ocupar.

Despacio vistió los pantalones.

—No has respondido a mi pregunta. —Volvió el rostro hacia la cama. Jude, sentado, con las piernas pegadas al pecho y la frente apoyada en las rodillas, continuaba dándole la espalda—. No me has dicho si eres feliz siendo Jude Morrow.

Se puso la camisa y, con mecánicos dedos, abrochó los pocos botones que aún le quedaban. Esperó un largo minuto a que Jude le respondiera o al menos emitiera algún sonido. Al mirarlo de nuevo, comprobó que ni siquiera se había movido.

Se dirigió a la puerta con un sentimiento de pérdida que no quería sentir, que no quería entender, que le empujaba a permanecer en aquella habitación, peleando por algo a lo que no era capaz de poner nombre. Pero no tenía nada más que hacer o decir allí. Solo había sido sexo, y eso le daba a Jude el derecho a olvidarse de aquella noche y de él. Estaba en su derecho de seguir siendo quien fingía ser.

Se detuvo ante la puerta entreabierta y dijo sin volverse:

—Para empezar a ser feliz, tienes que saber quién eres.

—¡Basta ya, Dave!

Se giró a tiempo de ver cómo Jude se levantaba de la cama y se le enfrentaba con el semblante crispado y un profundo desasosiego en sus ojos.

—Basta de hablar como si me conocieras —insistió, avanzó unos pasos hacia él y enseguida retrocedió, como si temiera acercársele demasiado—. Nos hemos contado algunas intimidades, es verdad. Hemos follado… —Calló un segundo, un instante en que el recuerdo de lo que habían hecho cruzó por su rostro—. Sí. Lo hemos hecho. ¿Y qué? ¿Crees que me conoces por eso? No sabes nada de mí. Piensas que mi mayor problema es que no acepto que soy gay o bisexual o lo que sea, y no puedes estar más equivocado. Mi problema es levantarme cada mañana preguntándome qué estoy haciendo con mi vida.

Calló de nuevo, mordiéndose los labios, luchando por permanecer en silencio y a

la vez, por continuar hablando. Dave dio un paso en su dirección y Jude le detuvo clavando en él una mirada autoritaria cargada de despecho.

—Cada mañana me prometo que será la última. Que voy a cambiar. Que voy a pelear por ser mejor persona, por recuperar la ilusión, por empezar de cero. Me juro que ese será el último día de Jude Morrow. Y cada noche regreso a esta casa sabiendo que he fallado, que un día más he sido todas las cosas que odio ser. ¿Puedes entender lo que eso me hace sentir? —No esperó a que le respondiera—. No, claro que no —sentenció con firmeza—. Porque no sabes nada de mí, y aun así te crees con derecho a sermonearme, a dar consejos que nadie te ha pedido, a insinuar que la felicidad se alcanza chasqueando los dedos. ¿Quién es de verdad feliz, Dave? ¿Tú con tu vida perfecta? ¿Tanto como para dar consejos? La mía es un auténtico desastre, pero es la que tengo y no soy capaz de cambiarla.

—No era esa mi intención… —aseguró Dave, asustado al advertir lo ciertas que eran aquellas palabras, lo egocéntrico que, como tan a menudo le sucedía, había sido.

—Vete —le instó.

—Por favor, hablemos…

—¡Vete ya! —le gritó.

Salió de la habitación sabiendo que era lo que debía hacer, aunque no lo que deseaba, sabiendo que había juzgado a Jude a su manera y a su conveniencia, que sin proponérselo le había hecho daño, que pretendiendo ser cercano y comprensivo, había sido torpe e insensible.

Fue al dormitorio de invitados en busca de sus zapatillas, que calzó todo lo despacio que fue capaz. Recogió su bolso y la gorra, y salió de la casa cerrando la puerta a su espalda. Allí se quedó un rato, contemplando el cielo, esperando oír que Jude le llamaba, que abría la puerta y le pedía que no se fuera. Esperando en vano.

☆

El maquillador, un tipo desenvuelto y alegre, de cuerpo rechoncho y manos ágiles, examinó el rostro de Dave con mirada profesional.

—Creo que lo hemos conseguido.

Dave se miró al espejo moviendo el rostro a un lado y a otro. El hombre tenía razón, las pronunciadas ojeras con las que se había presentado al rodaje habían desaparecido ocultas bajo una capa de maquillaje aplicada con pericia.

—Buen trabajo —Dave le dedicó una de sus cordiales sonrisas, esforzándose por recordar su nombre—. Gracias, Ronan.

Llamaron a la puerta y una joven auxiliar asomó la cabeza.

—Señor Norris, quince minutos.

Dave asintió. Se quitó los pañuelos de papel que el maquillador le había colocado para proteger el cuello de la camisa, y se levantó. Ronan giró a su alrededor con un peine de púas, dando un toque aquí y otro allá en su ensortijada cabellera.

—Todo listo —proclamó con tono satisfecho—. Perfecto para un primer plano.

Dave esbozó una forzada sonrisa.

«Perfecto para el momento más difícil de mi carrera», pensó, mientras salía de la sala de maquillaje.

La noche la había pasado dando vueltas en la cama, con un sueño, cuando lograba conciliarlo, desordenado e inquieto, sintiéndose dolido y triste, como si hubiera perdido algo importante, y confuso por no entender el porqué de ese dolor y esa tristeza y, sobre todo, preocupado porque su reencuentro con Jude sería interpretando ante una cámara a dos examantes que se reconcilian con un beso. La ironía de la situación le habría divertido, de no ser porque la estaba protagonizando él.

Caminó por los pasillos del estudio saludando con la cabeza a unos y a otros, esperando tener la oportunidad de cruzarse con Jude.

A su llegada al estudio, había valorado la posibilidad de hablar con el actor. Le parecía que conversar unos minutos antes de rodar la escena podía ayudarles a los dos a evitar que la situación llegara a ser demasiado tensa delante de las cámaras. Al fin y al cabo, eran personas adultas, lo suficientemente maduras como para

aceptar lo sucedido entre ellos y pasar página. Sin embargo, aunque le confirmaron que desde temprano la estrella del culebrón se hallaba en el estudio, no fue capaz de dar con él. Calculando que contaba con veinte minutos antes de tener que presentarse a maquillaje, decidió esperarlo en su camerino.

Sentado en el sofá de cuero, como lo había estado días atrás, se entretuvo en examinar la habitación mientras pasaban los minutos. El mobiliario lo componían unos cuantos muebles de lo más corriente, y la decoración algunos pósteres enmarcados de lugares emblemáticos de la ciudad de Los Ángeles, tan tópicos que resultaban anodinos.

Movido por la curiosidad, se acercó a la mesa de maquillaje para poder inspeccionarla de cerca. Aparte de los usuales utensilios de aseo y maquillaje, no había nada más, ni siquiera una fotografía o una tarjeta de felicitación, un jarrón con flores o algo que pudiera considerarse un recuerdo. Fisgoneó en los cajones y los encontró en su mayoría vacíos, a excepción de un cuaderno de hojas amarillas y un bolígrafo, un pequeño botiquín y unas revistas. Abrió el armario que había junto al sofá y vio que solo contenía algo de ropa, un par de zapatos, toallas y unas mantas. Pensó en el camerino del rodaje de su última serie. Lo había utilizado apenas un par de meses y en ese tiempo había llegado a acumular tal cantidad de recuerdos, regalos, fotos y objetos cotidianos, que recordaba más a un bazar que al camerino de un actor. Jude debía utilizar aquella habitación desde sus inicios en la serie, y en ella no había rastro alguno de su personalidad, como tampoco lo había en su casa. Era como si no existiera.

Notó la soledad que exudaban aquellas paredes colarse en su cuerpo, como si su piel fuera permeable, llegar hasta su corazón y enroscarse en él. Contemplándose en el espejo de la mesa de maquillaje, se preguntó, impotente, la razón por la que le afectaba tanto ser consciente de aquello, los motivos por los que le importaba aquel hombre, a él, que rara vez se interesaba sinceramente por alguien ajeno a su familia o amigos. Porque la realidad era, y ahora lo sabía con claridad, que Jude Morrow le importaba.

Nervioso, casi asustado, miró hacia la puerta, y supo que, si entraba en ese momento, le abrazaría con todas sus fuerzas, y no porque creyera que el actor necesitaba ese gesto de él, sino porque era él quien lo necesitaba.

Pero Jude no entró. Esperó todo lo que pudo, hasta que no era posible retrasar más la sesión de maquillaje, y entonces, sin detenerse a pensar en lo que hacía, arrancó una hoja de la libreta guardada en el cajón, escribió en ella unas palabras y doblándola, la encajó entre el espejo y el marco, a la altura de los ojos. Después, abandonó el camerino, con el corazón latiéndole con tanta fuerza en el pecho, que casi era doloroso.

Faltando a su costumbre, había llegado a la sala de maquillaje tarde.

—Bonitas ojeras —le había dicho Ronan nada más echarle la vista encima—. Habrá que hacer magia.

Inquieto y algo aturdido, entró en el set de rodaje por una de las puertas del decorado. Con un solo vistazo comprobó que la mayoría del equipo se hallaba ya en sus puestos y que, como temía, Jude aún no se había presentado. Se le ocurrió pensar que tal vez planeaba volver a boicotear la escena, algo comprensible teniendo en cuenta lo que había sucedido entre ellos —él mismo estaba allí por su sentido de la profesionalidad, no porque lo deseara—, pero una verdadera temeridad. Ángela Wyman lo tomaría como una nueva pataleta y un claro desafío a la autoridad del presidente de la cadena que le había dado un ultimátum presionado, precisamente, por sus propias quejas y exigencias. Las consecuencias para Jude podían volverse peligrosas.

—Joder… —masculló.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes con los dedos, notando que por momentos aumentaba su nerviosismo.

—Cuidado con el maquillaje —oyó que le decía una voz femenina.

Abrió los párpados y vio a su lado a Gretel, con su sempiterno guion entre las manos.

—Una noche intensa, ¿eh? —comentó la script, guiñándole un ojo, burlona—. Pues voy a darte una buena noticia que te ayudará con la resaca: no hay cambios en el guion. —Apuntó con un dedo por encima de su hombro hacia el grupo de guionistas que conversaba junto a la mesa de los refrigerios—. Les encanta meter alguna sorpresita de última hora. Hoy parece que hemos tenido suerte.

Dave asintió, aunque no había prestado demasiada atención a sus palabras, ocupado en localizar a Ángela entre todo el personal. La vio hablando con uno de los cámaras y, dedicándole a Gretel una vaga disculpa, se dirigió hacia ella.

—¿Podríamos hablar? —le preguntó, moviendo hacia un lado la cabeza.

Ángela alzó una ceja con suspicacia y ambos se apartaron unos pasos del cámara.

—¿En qué puedo ayudarte?

—He estado pensando en la escena.

La mujer alzó en esta ocasión ambas cejas y frunció los labios en un mohín de fastidio.

—¿Por qué sospecho que no me va a gustar lo que me vas a decir? —protestó.

—Creo que no está bien planteada. Que cojea. Tal vez deberíamos dejarla para el final del rodaje del capítulo y así los guionistas tendrían tiempo de darle una vuelta más.

La directora se quitó las gafas, ese día de color malva, y con el faldón de su blusa comenzó a limpiar los cristales sin apartar su afilada mirada de Dave.

—Me hablas de cambiar la misma escena que, para no romper tu contrato, exigiste al presidente que se rodara, ¿verdad?

Dave tardó unos segundos en asentir.

—Es una broma, ¿cierto? —Se colocó las gafas con un gesto enérgico—. ¿Cierto?

A Dave le costó otros tantos segundos ser capaz de contestar.

—Me temo que no, Ángela. Si me permites explicarme…

La mujer se puso de puntillas para que su rostro estuviera a la altura del de Dave.

—No te permito una mierda —le susurró en un tono amenazante—. Solo queda esta escena para poder montar el capítulo trece. Llevamos dos días de retraso y no pienso aumentarlo a tres porque a ti se te antoje.

Dave se tragó un reniego. Odiaba las situaciones en las que su profesionalidad pudiera ponerse en entre dicho, y aquella era una de ellas.

—Que la escena cojea, ¡ja! —Ángela, nerviosa, se palpó los pantalones hasta que dio con el vapeador en uno de los bolsillos—. Pues claro. Todo el puñetero guion cojea. —Apretó el vapeador entre los rígidos dedos—. Pero ¿tú ves que alguien se queje a parte del idiota de Jude…?

—Buenos días.

La mujer dio un respingo y Dave se giró en redondo al escuchar la voz de Jude. El

actor, vestido y maquillado para el rodaje, estaba junto a ellos.

—¡Ya era hora! —exclamó Ángela—. Llevamos esperando… —Echó un vistazo a su reloj de pulsera y se quedó callada un instante, sorprendida—. Aún no es la hora. ¿Será que es la primera vez que llegas puntual? —Y mirándole con una desconfianza que rayaba la incredulidad, añadió—: Aprovechemos, antes de que me caiga de la cama y me despierte de este sueño.

Se marchó dando órdenes a diestro y siniestro, dejándoles solos uno frente al otro. A Dave le pareció que el actor estaba aún más atractivo que la primera vez que le vio entrar en el set, a pesar de sus cansados e inquietos ojos, y sintió una punzada de añoranza de algo que ni siquiera había tenido.

—Hola —saludó, titubeante—. Te he estado buscando.

Jude abrió la boca para hablar. Una maquilladora llegó en ese momento. Se situó entre los dos y enarbolando una brocha, la pasó por la frente, la barbilla y las mejillas de Jude.

—¡Todos a sus puestos! —indicó el ayudante de dirección.

La maquilladora se giró hacia Dave. Jude se quedó indeciso un momento antes de alejarse hacia el decorado.

—Gracias… —Dave intentó esquivar la brocha de la maquilladora—. Está perfecto, gracias.

Se dirigió él también hacia el decorado en el momento en que el ayudante de dirección gritaba:

—¡Atentos, por favor!

Gretel le salió al paso y, agarrándolo por el brazo, le llevó hasta su marca como a un niño al colegio. Desde allí mismo apuntó con un bolígrafo a Jude que, inmóvil, esperaba que un auxiliar de iluminación midiera la luz en su rostro, y a continuación a sus pies.

—No te muevas, estás en tu marca —le advirtió. Los miró a ambos y preguntó—. ¿Alguna duda?

Los dos negaron con la cabeza al unísono.

—¡Venga, Gretel! —Ángela, sentada en su silla, le hizo gestos para que se

apartara—. Si no recuerdan el guion, que se lo inventen.

—¡Señora directora! —exclamó con voz cantarina Nora Lee, sentada sobre un arcón junto al resto de guionistas—. No menosprecie nuestro duro trabajo.

—Cierra la boca —gruñó Ángela—. No me hagas hablar.

—Un día más en el paraíso —suspiró la script poniendo los ojos en blanco—. Afortunado tú, que estás aquí de paso —le dijo a Dave antes de irse.

Este no la escuchó. En realidad, no le estaba prestando atención a nadie del set, salvo a Jude, que con los ojos cerrados movía a un lado y a otro la cabeza y hacía círculos con los hombros. Un auxiliar, con la claqueta digital, se colocó delante del actor.

—¡*Los años de nuestra vida*! ¡Capítulo trece! ¡Escena treinta y dos! ¡Toma tercera! —proclamó mirando a cámara.

En el momento en que sonó la claqueta, Dave vio que Jude apretaba una bola de papel amarillo entre los dedos de su mano izquierda, y el corazón se le desbocó en el pecho.

—Tres y… ¡Acción! —gritó Ángela, justo en el momento en que Dave, dejándose llevar por un impulso, avanzaba hacia Jude—. ¡Corten!

Dave se detuvo en seco y algo desconcertado, miró a la directora.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ángela—. Es Jude quien inicia la escena.

—Perdón.

Retrocedió hasta su marca y alzó una mano en señal de disculpa.

—Vamos de nuevo —gruñó la directora.

El auxiliar volvió con la claqueta y repitió el proceso anterior. Ángela soltó su «tres y acción», y nadie se movió en el set, ni siquiera Jude. Durante un tenso minuto, el plató estuvo en absoluto silencio, mientras el actor permanecía mudo, con la vista baja y el cuerpo rígido.

—Por el amor de Dios… —susurró la directora, sosteniéndose la cabeza con una mano—. ¡Corten! —Se puso en pie, estrujando el vapeador—. ¿Qué pasa ahora, Jude?

El actor la miró de soslayo y luego a Dave.

—No estaba concentrado, lo siento.

Un murmullo de asombro recorrió el set. Ángela adelantó la cabeza.

—¿Lo sientes? —repitió incrédula. Miró al auxiliar de la claqueta buscando que le confirmara que había oído bien las palabras de Jude, y este asintió varias veces, tan sorprendido como ella—. Bien —dijo, dubitativa—. No hay problema. Retomamos. —Empujó con una mano al auxiliar—. ¡Claqueta, por favor!

—¡*Los años de nuestra vida*! ¡Capítulo trece! ¡Escena treinta y dos! ¡Toma quinta!

—A ver si ahora… —masculló la directora—. Tres y… ¡Acción!

Jude alzó el rostro, en el que se apreciaba una expresión tensa y preocupada, y miró a Dave. Este, nada más contemplar su vacilante mirada, tuvo un mal presentimiento. Jude no iba a poder con aquella escena en aquel momento, o quizás nunca, no con él dándole la réplica.

Al ver que se mordía los labios con impotencia, se volvió con ímpetu hacia la directora.

—Lo siento, Ángela, tengo que insistir —declaró abriendo los brazos en actitud descontenta—. Esta escena es una mierda. Por esta serie he renunciado a muy buenas ofertas, para que ahora me obliguéis a hacer el ridículo de esta manera.

El silencio se mantuvo hasta que Ángela, con los ojos tan abiertos que parecía imposible, le dio una fuerte chupada al vapeador y gritó, expulsando a la vez el humo:

—¡Corten, joder! ¡Corten!

—¿De qué va este tío? —exclamó Nora Lee, por encima del murmullo sorprendido e incrédulo del resto de trabajadores. Resuelta, se bajó del arcón de un salto—. ¿Se nos ha colado otra diva en la serie? Porque yo le bajo los humos ahora mismo.

Matt, a su lado, le puso la mano en el hombro.

—Tranquila —le pidió con suavidad—. Veamos cómo acaba esto.

Ángela se lanzó sobre Dave fumando sin control, con todo el personal del set

contemplando pasmados lo que estaba sucediendo.

—A mí no me vengas con estos humos, Dave Norris. Ya tengo suficiente con un narcisista para que me venga otro de fuera a tocarme los…

—Dave, déjalo…

Todos los ojos se volvieron hacia Jude. El actor asintió mientras se guardaba la bola de papel en el bolsillo del pantalón.

—Puedo hacerlo.

Ángela, con los párpados entrecerrados, escrutó primero a Jude y después a Dave, ambos parecían fuera de lugar y se miraban como si intentaran descifrar los pensamientos del otro.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó, en un tono bajo y desconfiado, dando una nueva chupada al vapeador.

El ayudante de dirección se le aproximó con cuidado y le dio un golpecito con el dedo en el hombro.

—Jefa, recuerde que no se puede fumar en…

Ángela le dirigió una mirada tan virulenta, que el hombre retrocedió en silencio.

—¡Última oportunidad! —exclamó dirigiéndose tanto a Dave como a Jude—. Para los dos. Si de esta no ruedo la escena, me voy directa al despacho del presidente. —Fue retrocediendo hasta su asiento sin perderles de vista—. ¡Todos atentos! —gritó, sentándose, enérgica—. ¡Claqueta!

El auxiliar voló con la claqueta, soltó su frase y se retiró como si huyera de un incendio.

—¡Última oportunidad! —repitió—. ¡Acción!

Jude respiró hondo como si necesitara todo el aire del set.

—¿A qué has venido? —dijo, con una voz que aun cansada, sonó firme—. Después de tanto tiempo… ¿Qué buscas aquí? ¿Es que quieres arruinarme la vida?

Dave caminó hacia él, despacio.

—Tu vida está arruinada sin mí, Christopher, lo sabes. No te engañes a ti mismo.

Jude no replicó. Ángela, sin levantarse, se inclinó hacia delante agarrada a los brazos de la silla, tan expectante como el resto del set.

—Sé que te exigí que te fueras. Que no te dejé explicarte, que no te di una oportunidad —replicó Jude, frunciendo el ceño—. Lo hice porque una parte de mí quería que salieras de mi vida tan rápido como habías entrado.

Dave se sobresaltó. Aquellas frases no formaban parte del guion, Jude no lo estaba siguiendo.

Fuera de cámara, Gretel se aproximó con urgencia a la directora y le hizo una seña en dirección al guion que sostenía, para a continuación negar con un gesto enérgico de la cabeza. Ángela asintió y se llevó un dedo autoritario a los labios atajando sus protestas.

—Aunque otra parte, que ignoro si pertenece al muchacho que fui o al hombre que soy ahora —continuó—, deseaba que te quedaras, necesitaba que te quedaras a mi lado. Y esa necesidad me asustó…

Dave notó una repentina presión en el pecho que casi le roba el aliento. Aquel que hablaba no era Christopher Cumson. Jude no estaba interpretando a su personaje, no rodaba una escena, no se dirigía a la cámara, ni tampoco a Douglas "Doug" Horton, sino a él, al hombre al que había echado de su casa después de hacerle el amor.

«Joder», pensó alarmado. «¿Se está marcando un Tootsie[1]?».

Eso o lo sucedido entre ambos le había afectado hasta el punto de confundir las incertidumbres de su personaje con las suyas propias.

Manteniendo la pose, obligándose a contener su nerviosismo, aguardó a escuchar el grito rabioso de la directora deteniendo la toma. Para su estupor, el silencio persistió, y no necesitó mirar para saber que las cámaras seguían rodando, que el personal permanecía en sus puestos, atentos a cada palabra.

Al menos por el momento, Ángela consentía la improvisación, tal tenía que ser su ansiedad por rodar la escena, y Jude iba camino, quizás, de desvelar demasiado de sí mismo a demasiada gente.

—Christopher, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? —improvisó, confiando en que aquella frase sirviera para reconducirle.

Jude asintió con un cabeceo lento y la comisura de su boca insinuó una sonrisa melancólica.

—Recuerda, soy un cobarde. Un personaje que lo único que sabe hacer es actuar. Si no te lo digo aquí y ahora, no te lo diré nunca. —Calló y asintió de nuevo—. Tengo miedo de lo que puedo llegar a sentir por ti…

Dave se movió y Jude le detuvo con un gesto de la mano.

—Tenías razón. No soy feliz. Me asusta la idea de intentar serlo y no conseguirlo, porque entonces, ¿qué me quedaría? Ni siquiera la esperanza.

Dave avanzó los pocos pasos que los separaban, rogando en silencio para que Ángela no perdiera la paciencia, que no decidiera en ese momento detener el rodaje, suplicando por unos minutos más de aquella escena que nada tenía de irreal.

—Permíteme demostrarte que vale la pena arriesgarse.

Los labios de Jude temblaron levemente y sus vidriosos ojos se rindieron a los de Dave.

—¿Por qué lo harías? ¿Qué ha habido entre nosotros más que…?

Dave le tomó el rostro entre las manos con un gesto contenido.

—Deja que lo intente —le pidió, inclinándose sobre su boca—. Déjame descubrir quién eres, quiénes podemos ser.

Sus labios se rozaron un instante. Jude le rodeó la cintura con sus brazos y lo atrajo hacia sí y ambos, ajenos a todo lo que les rodeaba, se besaron en un arranque de pasión, con unos besos largos, intensos y húmedos, que se robaban y se entregaban el uno al otro.

Ángela se puso en pie, abrió la boca sin que de ella saliera sonido alguno, y las cámaras siguieron rodando, el set al completo siguió contemplando la escena, hipnotizados.

—Corten —dijo por fin la directora, y al darse cuenta de que apenas había levantado la voz, repitió algo más enérgica—. Corten.

—Y eso que no quería rodar el beso… —musitó Gretel, aún con los ojos muy abiertos—. Menudo *feeling* tienen los dos.

Jude y Dave no parecían haber escuchado a Ángela y esta exclamó:

—¡Corten!

Ambos separaron sus rostros, lo justo para poder volverlos hacia ella. La expresión de sus ojos confusa, como si hubieran olvidado dónde estaban y lo que tenían que hacer.

—Es buena, muy buena —afirmó la directora dedicándoles una sonrisa de oreja a oreja. Hizo con los dedos el signo de «ok»—. Directa a montaje. —Les dio la espalda y tiró del brazo de la script acercándola—. Ya podían haberlo hecho a la primera —gruñó.

—¿Cómo que es buena? —Nora Lee, se le acercó, con Kaufman y Leigh pisándole los talones. Apartó a Gretel de un empujón y desde su corta estatura se encaró con Ángela—. ¿Es que no la vas a repetir?

—¿Estás loca? Hemos tardado tres días en rodarla, no pienso dedicarle ni un minuto más.

—Pero, Ángela —intervino Leigh, timorata—. No tiene nada que ver con la escena que escribimos.

—Ni siquiera se le parece —apuntó Kaufman, cruzándose de brazos.

Nora Lee, le arrebató el guion a Gretel, que le brindó una agria mirada, y se puso a pasar páginas.

—No han dicho más que un par de frases, todo lo demás es improvisado —aseguró, sin dar con la escena.

—¿Improvisado? —Ángela sonrió con malicia. Le dio una chupada al vapeador y expulsó el aire hacia el techo—. No seas ingenua. La traían bien ensayada. Esa compenetración no se consigue así… —Chasqueó los dedos—. Esta ha sido la venganza de Jude. Preparar una escena mejor que la que vosotros habéis escrito.

—¿Mejor, dices? —estalló la joven.

—Sabes que tengo razón. —Miró a los otros guionistas con suficiencia—. Sabéis que la tengo.

—Ángela, hay que repetirla —dijo Kaufman, persuasivo—. De lo contrario

tendremos que cambiar el guion de los próximos capítulos para que sean coherentes con esta escena.

La sonrisa burlona de la directora se ensanchó.

—Pues yo de ustedes no seguiría aquí perdiendo el tiempo. —Le quitó el guion a Nora Lee, y se lo pasó a Gretel—. Siguiente escena —Se giró hacia el decorado y al no ver a los dos actores, preguntó—: ¿Y estos? ¿Dónde se han metido?

—Se han largado —dijo Matt que, en ese momento, con su andar cansino y las manos en los bolsillos, pasaba junto al grupo.

—¿Los necesitamos? —le preguntó Ángela a Gretel.

Esta sacudió la cabeza.

—No hasta la semana que viene.

—Pues mejor —sentenció, volviendo a fumar con placer—. Estoy hasta las narices de esos dos.

—Matt —llamó Nora Lee, al ver que abandonaba el set—. ¿No vas a decir nada?

El guionista, sin detenerse, la miró por encima del hombro con una bonachona mueca.

—A mí también me ha parecido una buena escena.

☆

Matt, sentado con los pies sobre su escritorio y reclinado hacia atrás en la silla, contemplaba a través de la ventana la calle. El sol se hallaba alto y el personal que transitaba entre platós, buscaba la sombra que proporcionaban los edificios.

—¿Pedimos ya el almuerzo? —preguntó Kaufman, tecleando en su ordenador

portátil.

—¡Comida mexicana! —proclamó Nora Lee,, desde su escritorio.

Leigh se aproximó al tablón de anuncios que colgaba de la pared junto a la puerta, y desclavó un par de menús.

—¿Qué te apetece, Matt?

Una figura familiar, avanzando por la calle, captó la atención de Matt. Reconoció en ella a Dave Norris, y se preguntó qué estaría haciendo por allí. Según el plan de rodaje, no tenía escenas hasta la semana siguiente, cuando estaba programado que se rodaran los capítulos que habían tenido que rehacer.

—Lo que pidas estará bien —le respondió Matt, observando a Dave detenerse al otro lado de la calle, sacar el móvil y escribir en él.

Al final, realizar los cambios solo les había llevado un día de trabajo, y porque parte del tiempo lo habían dedicado a comer y jugar al póquer. Nora Lee, había estado de morros al principio, aun dolida por la presunta maniobra de Jude y Dave. Como era habitual en ella, pronto olvidó que estaba enfadada.

—Venga, Matt, dime qué quieres —le pidió Leigh, compungida—. ¿Y si no te gusta lo que encargo?

—Pues pídeme comida china —dijo, distraído, viendo como Dave se guardaba el móvil y, relajado, se recostaba en el muro del plató tres.

Por parte del personal de la serie había cierta expectación, que él compartía, por ver otra vez a los dos actores interpretando sus respectivos papeles. Los que habían sido testigos de la química que parecía darse entre ellos habían comenzado a alimentar ciertos rumores, y el resto no quería perderse la oportunidad de comprobar con sus propios ojos qué podía haber de verdad en lo que se comentaba de corrillo en corrillo.

—¡Aburrido! —canturreó Nora Lee.

Llamaron a la puerta y Jude entró en la sala con su habitual determinación. Los cuatro se le quedaron mirando perplejos; era la primera vez que ponía los pies allí.

—Hola —saludó, deteniendo por un momento los ojos en cada uno de ellos.

Nora Lee, se levantó de la silla con actitud retadora.

—No pienso cambiar ni una coma del guion —le advirtió.

—No vengo a hablar del guion.

—¿Y de qué, entonces?

Matt también se levantó, para sentarse en la esquina de su mesa.

—¿Qué tal, Jude? ¿Qué te trae por nuestro agujero?

—Vengo a despedirme.

Nora Lee, alzó una de sus finas cejas con sarcasmo.

—¿Qué te ha dado? ¿Desde cuándo somos tan amigos?

—No es un «hasta mañana» —explicó Jude.

Matt miró hacia la calle. Dave continuaba esperando, apoyado en el muro.

—¿Estás seguro de lo que haces? —inquirió, rascándose la incipiente barba de su barbilla.

Jude le contempló un momento con curiosidad, y asintió con una corta sonrisa.

—¿De qué habláis? —preguntó Leigh, mirando a uno y a otro.

—Jude deja la serie —respondió Matt—. ¿No es así, Jude?

Kaufman se puso en pie, despacio.

—¿En serio?

—Ya iba siendo hora, ¿no? —dijo Jude.

—Te estás quedando con nosotros —afirmó Nora Lee con una burlona sonrisa.

—¿Cómo vas a abandonar en mitad de la temporada? —Leigh miró preocupada a sus compañeros—. No se puede ir, ¿verdad?

—También quería daros las gracias —añadió Jude.

—¡Ja! —exclamó Nora Lee—. ¿Veis como nos está tomando el pelo?

—De no haber querido putearme, no creo que me hubiera planteado dejarlo.

—Ay, Dios —musitó Leigh—. A Ángela le va a dar una apoplejía.

Nora Lee puso los brazos en jarra.

—No cuela, Jude. ¿Qué vas a hacer si te largas?

La sonrisa en los labios de Jude se tornó tímida y un brillo de felicidad emergió a sus ojos.

—Aprender a nadar.

Se giró dispuesto a marcharse.

—Jude —llamó Matt. El actor volvió un poco la cabeza hacia él—. Suerte.

Jude asintió y salió de la sala cerrando a su espalda.

—No me jodas… —soltó Nora Lee—. ¿Nadar? ¿Es que se le ha fundido el poco seso que tenía?

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Leigh, estrujándose las manos—. Sin Christopher Cumson no hay serie.

—Yo me voy a Tampa —Kaufman escribió enérgico en su ordenador—. ¿Alguien se viene? Conozco una página donde tienen muy buenas ofertas de vuelos.

—Tendremos que decidir cómo matar a Christopher Cumson —comentó Matt.

Se giró hacia la ventana para tener una mejor vista de Dave, aún recostado contra la pared.

—Yo voto por una trituradora de madera —propuso Nora Lee con una mueca malévola.

—Ya metimos en una de esas al primo ludópata de Cumson —les recordó Kaufman, con la mirada puesta en la pantalla—. Menudos precios.

—A lo mejor vuelve para la próxima temporada —aventuró Leigh, dirigiéndose a toda prisa hacia la cafetera—. Quizás sería mejor dejarlo otra vez en coma. ¿Qué tal si se cae por las escaleras?

—La temporada anterior tiramos a su madre por una escalera —dijo Matt.

Vio que Dave alzaba la cabeza y que una sonrisa iluminaba su rostro al ver a Jude cruzar la calle. El exprotagonista de *Los años de nuestra vida* se detuvo a su lado y, tras intercambiar algunas frases sin dejar de sonreír, ambos echaron a andar calle abajo, juntos.

—¿Me escuchas, Matt? —Nora Lee se interpuso entre él y la ventana con expresión contrariada—. ¿Qué propones?

Matt se desperezó con un gruñido de placer.

—Hace tiempo que no matamos a nadie en un accidente de avión. Me apetece.

The End

Agradecimientos

Tres son las personas que, como lectoras cero y correctoras, han hecho posible que está historia esté hoy en vuestras manos. Gracias de corazón a Hermione Drake, Brenda F. y Rocío, y no solo por su trabajo y esfuerzo, sino también por tantos y tantos años de apoyo y cariño. Y gracias, siempre, a quienes leéis estas líneas y con ello dais vida a mis historias.

Notas de la autora

Esta novelette surgió en mi cabeza cuando por… ¿trigésima vez?, veía aquel capítulo de *Friends* en el que Joey Tribbiani, que interpreta al Dr. Ramoray en el culebrón *Days of Our Lives* (serie real, por cierto), enoja a los guionistas y termina cayendo por el hueco de un ascensor. La imaginación se me disparó y me entraron ganas de escribir una historia en el que un actor conflictivo, tuviera que sufrir las pequeñas venganzas de un grupo de guionistas, y que estas desembocaran en alguna situación libidinosa. Precisamente, la elección del nombre del culebrón en el que actúan Jude y Dave, *Los años de nuestra vida*, es un guiño a *Days of Our Lives,* que es la telenovela más longeva de la televisión estadounidense. Inició su andadura allá por el 1965 y se prevé que continue hasta 2025.

El título de la historia, *Cuando Jude encontró a Dave*, está inspirado en la película de 1984, *When Harry Met Sally…,* no porque haya similitudes entre ambas historias, sino porque me apetecía mucho utilizar un título que tuviera claras reminiscencias hollywoodienses y que, a la vez, resumiera hasta cierto punto el argumento.

Por último, por respeto al trabajo de los profesionales del cine y la televisión, decir que el rodaje de la escena del beso que se describe en la novelette, es fruto de mi imaginación, y poco o nada tiene que ver con lo que sucede en un rodaje real.

Gracias por haber llegado hasta aquí y por seguir apoyando mi trabajo y la autopublicación.

Nut

Otros títulos publicados



Juegos de Seducción 1 y 2

Juegos de Amor

De amor y otros pecados

En busca de la Bella Durmiente

Océanos de sangre

Balada de amor para un soldado

Ese deliro llamado amor

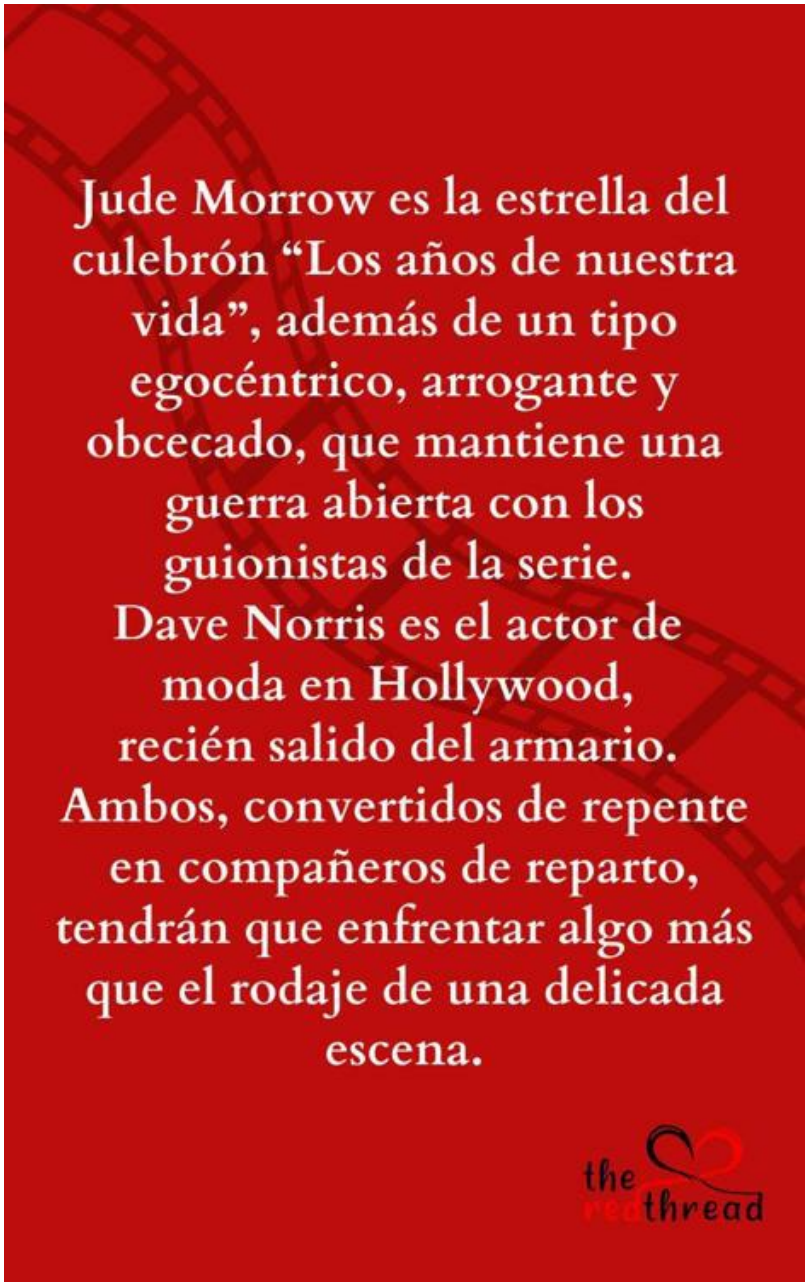
Sueños en una botella

A través del tiempo

Twitter: @Nut__

Facebook: nutescritora

Instagram: nut_publicaciones



[1] Película estadounidense de 1982 dirigida por Sydney Pollack y protagonizada por Dustin Hoffman y Jessica Lange.